

Archivo dramático

Tea 1-178-10

Todo lo vence el Amor

ó

La Pata de Cabra.

Comedia de magia

—

Sentado Libro 6<sup>o</sup> folio 107<sup>o</sup> v<sup>to</sup>

Sentado libro 7<sup>o</sup> folio 17<sup>o</sup> v<sup>to</sup>





Antonio de...  
17

1-118-10

...  
...

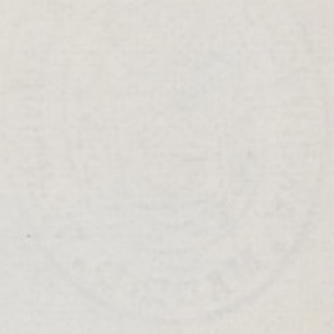
...

...

...

...

...





177

XXXIX

1

TODO LO VENCE AMOR,

o sea

1-178-10

**LA PATA DE CABRA,**

*melo-mimo-drama mitológico-burlesco de magia y de  
grande espectáculo*

EN TRES ACTOS,

POR

**DON JUAN DE GRIMALDI.**

TERCERA EDICION.



**MADRID.**

**IMPRENTA DE REPULLÉS.**

**1841.**



PERSONAS.

ACTORES.

Don Juan, amante de. . . .	<i>P. Montañó.</i>
Doña Leonor, pupila de. . . .	<i>J. Baus.</i>
Don Lope. . . . .	<i>A. Azcona.</i>
Don Simplicio. . . . .	<i>A. de Guzman.</i>
Lazarillo, page de D. Simplicio.	<i>J. de Guzman.</i>
Don Gonzalo. . . . .	<i>A Silbostrí.</i>
Cupido. . . . .	<i>F. Casanova.</i>
Vulcano. . . . .	<i>A. Rubio.</i>
Las tres Gracias. . . . .	<i>Bailarinas.</i>
Un Escribano. . . . .	<i>M. Morales.</i>
Un Alguacil. . . . .	<i>M. Casanova.</i>
Un Aldeano. . . . .	<i>N.</i>
Otro. . . . .	<i>N.</i>
Un Labrador. . . . .	<i>J. Lledó.</i>
Una Aldeana. . . . .	<i>M. Inestrosa.</i>
Un Criado. . . . .	<i>N.</i>
Un Cíclope. . . . .	<i>A. Cairon.</i>
Un Músico. . . . .	<i>A. Llord.</i>

Cícoples, Paisanos, Criados, Músicos y Alguaciles.

La escena pasa en las inmediaciones de Zaragoza á principios del siglo XV.

*Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.*



## ADVERTENCIA.

Existia en el archivo del teatro de la Cruz, desde el año de 1816, una comedia de magia traducida del francés con el título de *La Pata de Carnero*, habilitada de censuras para su representación. Algunas personas han propalado, con mas ó menos buena fé, que *La Pata de Cabra* es la referida traduccion ú otra version no menos literal de la pieza francesa. No es así. Si bien el autor de *La Pata de Cabra* ha tenido á la vista dicho original, si ha imitado de él muchas cosas, y aun traducido otras, si ha conservado el fondo del carácter de don Simplicio, no por eso puede llamarse su obra *traduccion* en el sentido que se da vulgarmente á esta voz; antes bien puede asegurar, sin temor de verse desmentido, que *La Pata de Cabra* es mas original que muchas comedias que se venden por tales, pues casi todas las gracias que el público ha celebrado en el diálogo, y singularmente las que tanto ha hecho valer nuestro inimitable Guzman, son originales, ya que no lo sea del todo el cuadro que las encierra. Facil hubiera sido demostrar la notable



diferencia que existe entre *La Pata de Carnero* y *La Pata de Cabra* imprimiéndolas juntas; pero esto fuera dar á la cuestion una importancia har- to petulante. El autor de *La Pata de Cabra* no aspiró con ella á lauros literarios; solo quiso proporcionar á la Empresa de los teatros medios de llamar gente, y nadie por cierto negará que ha lo- grado su objeto.

*Ánima en el Rosal con carcos y  
flecha*

— a los tiros burlan las pistolas =  
Truenos transmutacion fuego  
rojo en la bruta tra = Sin  
por la guerra Barbarines  
con espadas encendidas = Una  
con la pata tra la sacan  
dos Compo. = Entran y sacan  
la cabra = Rayo del telar  
y estado natural = Sueto  
y muricos al foso = Una silva  
a la 2.<sup>a</sup> entre cajas



## ACTO PRIMERO.

El teatro representa un bosque muy espeso. Hay una cueva en el fondo, y á la izquierda del actor un banco de peñasco al pie de un arbol. Es de noche. Alumbra la luz de la luna.

### ESCENA PRIMERA.

DON JUAN solo, *sentado al pie de un arbol.*

~~E~~s mucha suerte la mía! Que todo lo que emprendo me haya de salir mal! He probado todos los oficios. Empecé en el foro, pero con muchos escrúpulos debí tener pocos clientes; emprendo la medicina, y ve aquí que una desgraciada casualidad me hace curar á mis enfermos. Puf! Todos mis compañeros se subleban contra el mal ejemplo que doy. Acudo á las armas, y solo porrazos encuentro, ascenso ninguno. Compongo música... pero cá! sin ser italiano... ya se ve... En fin, quiero escribir... Ay Jesus! Escribir? Que no me hubiese antes tirado al mar. Si hasta ahora logró consolarme de tan repetidos golpes de la fortuna este inalterable genio alegre, único bien que me haya deparado el cielo, cómo resistir á la nueva desgracia que me abruma? Consigo el cariño de la mas linda, de la mas rica aragonesa. Siendo mi Leonor huérfana como yo, alegre como yo, amante como yo, la mas dulce simpatía parecia ofrecernos el mas halagüeño porvenir. Logro vencer el obstáculo que se me presentaba, que era el introducirme en su casa, ó por mejor decir en la carcel donde la tiene esclavizada su severo tutor. Estaba este buscando para ella un maestro de dibujo; me presento bajo un nombre supuesto, y como afortunadamente yo no era propio para el empleo lo conseguí al momento. Pero cuando iba ya á llegar el dia en que un casamiento secreto debia asegurar mi perpetua felicidad,



todo se desvanece como un sueño. Me reconocen, me echan de casa, y queriéndome entregar á la justicia como seductor, me persiguen el inexorable tutor y un imbécil pretendiente de mi amada. Ya se ve, qué habia de hacer? Huir de Zaragoza. Huir! Bien está; pero adónde, sin recurso, sin amigos, sin protectores? Aniquilado ya por el cansancio y el hambre, pronto, sí, lo conozco, muy pronto una muerte lenta y espantosa... mas qué digo? Una muerte lenta! Y á qué esperarla? No tengo armas? Vamos, valor, y me ahorraré los tormentos que me amenazan. Leonor, Leonor adorada, á Dios, á Dios para siempre. Y tú, amor, ingrato y caprichoso amor, que te negaste á favorecer al mas fiel de tus esclavos, yo te maldigo.

*Acerca las pistolas á su frente como para matarse, y de repente se le escapan de las manos y vuelan por el aire, donde disparan. Al mismo tiempo sale el dios Cupido del tronco del árbol á cuyo pie está sentado don Juan.*

## ESCENA II.

DON JUAN Y CUPIDO.

*Cup.* Insensato! Qué haces?

*Juan.* Gran Dios! Qué prodigio! Hé! No lo dije yo que todo me ha de salir mal, cuando no puedo lograr ni aun matarme?

*Cup.* Matarte! Tonto, y por qué?

*Juan.* Me gusta la pregunta. Despues de haber causado tú solo mis males, niño maligno, aun preguntas qué motivos tengo para aborrecer la vida?

*Cup.* Calla, calla, que eres tú mas niño que yo. Pues hombre, si todos los que tienen quejas de mí recurrieran al suicidio, dónde iba á parar el mundo? Ay, cuántas vindas!

*Juan.* Qué quieres? Viéndome ó creyéndome abandonado de tí, la muerte me pareció mi único amparo. Acudí á ella con franqueza... porque, ya ves, yo he sido médico. (*Se rie Cupido.*) Vamos, no deja de ser mérito.

*Cup.* Pero y de dónde, ingrato, pudiste inferir que yo



te abandonaba? Asi soís todos: al menor contratiempo me acusáis, cuando vuestra pusilanimidad ó vuestra natural inconstancia siempre son las únicas causas de los males que me atribuíis. Cansados de la perseverancia que exijo de todos los que aspiran á mis favores, el uno va cada dia á imitar hipócritamente á los pies de nueva dama un lenguaje que no inspiro yo mas de una vez, y luego dicen: "Ya se ve, como ese picarillo tiene alas." Otro, tomándolo mas á lo vivo, se desespera, se mata. "El amor es un monstruo, esclaman todos." Pobre de mí, y cuán injustos son los mortales con un pobre niño que...

*Juan.* Ah, taimado!

*Cup.* Te ries? Pues no tardarás en convencerte de esa injusticia de que me quejo. Yo quiero que seas un memorable ejemplo de que el amor suministra á los que los quieren medios para triunfar de todos los obstáculos, y á eso he venido. Muy pronto tendrás que agradecerme el que haya llegado á tiempo para estorbar tus designios de destruccion, y de ahorrarte esta locura mas que ibas á añadir á las mil que tienes hechas.

*Juan.* Yo te juro que esta hubiera sido la última.

*Cup.* Ya lo creo. Pero al grano. Tienes valor?

*Juan.* Hombre...! *(Como ofendido con la pregunta.)*

*Cup.* Poco á poco. Le vas á necesitar. Contempla sin terror y en el mayor silencio la escena extraordinaria que te permito presenciar.

*Cupido, con una de sus flechas, señala un gran círculo en el suelo, y luego en el aire. La luna y las aguas de un torrente que se ve en el fondo se cubren de un color de sangre. Se oyen truenos horrorosos, precedidos de relámpagos. Se abre la cueva, y arroja llamas. Salen de ella varios genios. Unos traen una enorme urna antigua; otros una cabra negra: ponen la cabra dentro de la urna; la consume un rayo, y no queda de ella mas que una pata, que uno de los genios entrega respetuosamente á Cupido. Luego se retiran los genios, llevándose la urna. Cesan los relámpagos y truenos; vuelven la luna y las aguas á su color natural.*

*Cup.* Admite este regalo. *(Presentando la pata á don Juan.)*





4

*Juan.* Toma...! tanto ruido por una pata de cabra.

*Cup.* Temerario! respeta lo que no está al alcance de tu entendimiento.

*Juan.* Pero hombre, á quién se le ocurre...?

*Cup.* Calla, y admite agradecido. Este es un talisman que debe asegurar tu felicidad. Mientras le conserves en tu posesion triunfarás de tus enemigos, y podrás contar con el logro de tus deseos.

*Juan.* Cómo! Con solo formar un deseo al momento le he de ver cumplido?

*Cup.* No por cierto. Si tal virtud tuviese el talisman llegaría á serte funesto, porque suele engañarse el hombre en sus deseos. Hartas veces encuentra la desgracia donde creyó hallar la dicha. Con que, nada le pidas al precioso tesoro que te confio. Guarda el mas profundo secreto acerca de su posesion, y entrégate ciegamente á su mágico poder. Este, por sí mismo, obrará como y cuando mejor convenga para tu bien; y dentro de poco, gracias á él, serás esposo de Leonor.

*Juan.* Esposo de Leonor! Ay! Patita de mi alma, perdóname el haber dudado de tí. Yo ignoraba cuánto vales. Oh vanidad de los juicios humanos! Asi nos engañan las apariencias; asi insultamos con frecuencia al mérito que no podemos conocer.

*Cup.* Ya debes estar contento. Me voy, pues, que por tí no han de padecer mis demas clientes. No te olvides de mi último encargo: sigilo y confianza.

*Juan.* Qué! tan pronto me dejas? Oye... atiende.

*Cup.* A propósito; quieres que te devuelva tus pistolas?  
(Volviendo.)

*Juan.* Calla... (Confuso.) Sé mas generoso.

*Cup.* Y qué, no querias matarte? Tonto, ya lo ves; no hay que desesperarse nunca. A veces en el mismo fondo del abismo, donde creyó uno caer para siempre, es donde descubre la senda que le ha de guiar á la felicidad. A Dios, á Dios.

*Juan.* No te he de dejar partir antes de haber probado tu talisman; no te irás, yo lo juro. (Quiere asir á Cupido de las alas; pero se le escapa por el aire.)

*Cup.* Quieres sujetar al amor? Medio infalible para hacerle huir. A Dios... A Dios.



ESCENA III.

DON JUAN.

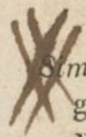
Vaya una aventura singular. (*Riendo á carcajadas.*) Como que estaré sin duda soñando. Pero no; (*Tocándose.*) soy yo; yo mismo en carne y huesos; despier-to estoy. Este es indudablemente el bosque donde me refugié; reconozco el sitio; ya no tengo mis armas; aquí está la preciosa patita. Vamos, vamos, no hay duda, todo ha sido real y efectivo, aunque lejos de mis alcances, y pronto voy á ser feliz, segun las pro-mesas de mi amable y singular protector. Feliz yo, feliz con mi Leonor! Uf... me ahoga la sola idea de tanta fortuna; qué será, pues, cuando se realice? Bien dicen, ya empiezo á conocerlo, que es difícil so-brellevar una repentina prosperidad. Pero vamos, á la prueba! Volvamos á Zaragoza, y sobre todo no ol-videmos el último encargo de mi bienhechor: sigilo y confianza.



ESCENA IV.

Campiña. A la derecha fachada de la casa de don Lope. Su as-pecto es el de un castillo del siglo XII ó XIII, nueva, aunque incompletamente restaurado.

DON LOPE, DON SIMPLICIO y LAZARILLO.



*Sim.* Pues dígoles á usted, señor don Lope, que la aco-gida es de buen agüero. Abandono, á instancias de usted, mi noble y antiguo solar, y llego presuroso á recibir la mano de mi señora doña Leonor, y no bien entro en Zaragoza, cuando, sin dejarme siquiera apearse del caballo, me anuncia usted que un rival preferido ha logrado introducirse en su casa, que lo acaba usted de descubrir, que debemos mi page La-zarillo y yo correr en persecucion suya.

*Lope.* Y á quién tocaba el honor de castigar al femeni-tido seductor sino á usted, que podia considerarse ya como esposo de mi pupila?

*Sim.* Ya... pero bien podia usted presentarme primero á mi interesante novia, como yo lo pretendia. Me parecia regular que conociese al menos á la hermosa



dama en cuyo obsequio iba á comprometerse mi ardor caballeresco.

*Lope.* Pero hombre, no le dije á usted ya por qué no pudo ser? Si ya no paraba en casa Leonor; si acababa de marcharse cuando usted llegó, porque lo primero que hice cuando encontré á sus pies el oculto don Juan, fue y debió ser el mandarla de prisa y corriendo á esta quinta, á fin de tener yo mas libertad para correr en pós del seductor. Y cuánto siento ahora haberle cedido á usted esta empresa, confiado en que estaba mas seguro su éxito en manos de un hombre mas jóven, mas ágil, y si usted me apura, aun mas interesado que yo mismo en el asunto! Pero hombre, cómo es posible que no le hayan ustedes pillado, huyendo él á pie, y persiguiéndole ustedes á caballo?

*Sim.* Ya, pero si él se internó en lo mas espeso del bosque inmediato, mal nos podian valer los caballos.

*Lope.* Pero cómo no le alcanzaron ustedes antes de llegar al bosque?

*Sim.* Cá! Si llegamos dos horas despues.

*Lope.* Habiendo salido casi al mismo tiempo!

*Sim.* Y habiendo corrido á mata caballo Lazarillo y yo mas de tres horas.

*Lope.* Hombre, tres horas para una legua!

*Sim.* Si señor; qué tiene esto de particular? Pero bien pensado, no debe usted sentir el que se nos haya escapado.

*Lope.* Por qué?

*Sim.* Porque si le encuentro sucede una desgracia. Yo no me contentaba con prenderle. Era capaz de... qué sé yo? asi mansito y todo como usted me ve... en llegando á enfadarme ni un leon... mato, destrozo, aunque se me pusiera delante el mismo demonio.

*Lope.* Hombre! Y se enfada usted á menudo?

*Sim.* Nunca, y sino dígalo Lazarillo. (*Lazarillo hace seña afirmativa.*)

*Lope.* En fin, cómo ha de ser? Contentémonos por ahora con haberle ahuyentado de Zaragoza, y entremos á descansar, que bien lo ha de necesitar usted despues de haber corrido una legua á mata caballo en tres horas. (*Con ironía.*)



*Sim.* Qué he de necesitar descanso, si la fatiga es una diversion para este cuerpo hercúleo! Verdad, Lazarillo? (*Seña de Lazarillo.*) Entremos con todo, que ardo por ver á la que ha de ser mi muger. La tengo dispuesta cierta arenguita amorosa que espero no la desagrade. Por supuesto, ya que quedo sin rival y me presento solo, absolutamente solo, lograré mas facilmente ser el preferido.

*Lope.* Quién lo duda? Por esto la traje á esta quinta, donde no tendremos ya que temer las empresas de tanto galan. No podia darse habitacion mas adecuada á nuestras miras. Como ha sido castillo de los antiguos señores de la comarca, conserva aun sus torreones, rastrillos, fosos y contrafosos; como que á pesar de la mucha obra que he hecho, mas traza tiene de fortaleza antigua que no de una quinta moderna. Ya ve usted que todo esto es muy á propósito para sentar el juicio de una coquetilla atolondrada, y guarecerse de los nuevos ardides que pudieran ocurrírsele al don Juan.

*Sim.* Qué ardides ni qué alcachofas? Ahora que estoy yo de por medio no hay cuidado, y sino... (*Seña de Lazarillo.*)

*Lope.* Sin embargo, no hay que dormirse. No se puede perdonar precaucion alguna. Ya por mi parte he encargado á un amigo cuatro dueñas escogidas entre las mas severas, y hoy mismo las espero. Su activa vigilancia nos asegurará de Leonor. Ademas, interpondré toda mi autoridad, y no dudo que tantos medios reunidos llegarán á vencer la resistencia de nuestra rebelde.

*Sim.* Y en medio de tantos medios no cuenta usted el mas eficaz, el irresistible ascendiente de mi amabilidad. Dígalo Lazarillo. (*Seña de este.*) Es tal, que ninguna muger quiso nunca hacerme caso.

*Lope.* Cómo!

*Sim.* Lo que usted oye... porque todas temian no poderme resistir en llegando una vez á escucharme.

*Lope.* Vamos, vamos... pero calla; aqui llega Leonor. (*Aparte á don Simplicio.*) Cuidado.

*Sim.* Déjeme usted hacer... Verá usted, verá usted.



## ESCENA V.

LEONOR, DON LOPE, DON SIMPLICIO y LAZARILLO.

*Lope.* Lucero, aquí tienes al esposo que elegí para tí, el señor don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey, uno de los mayorazgos mas distinguidos de Navarra. Espero que su talento, su buena presencia y sus riquezas lograrán muy pronto borrar de tu memoria á ese perillanzuelo que quiso abusar de tu poca experiencia.

*Leo.* Já, já, já. (*Despues de haber mirado á don Simplicio de pies á cabeza prorumpe en una carcajada.*) Es el señor el decantado novio que prefiere usted á don Juan? Lindo regalo por cierto: já, já, já.

*Sim.* Malo. (*Aparte á don Lope.*) Estas risas no me parecen nada lisonjeras; mas todo lo compondrá la arenga. Verá usted, verá usted. (*A Leonor.*) Señora, teneis á la vista á un jóven fijodalgo que viene á poner su corazon en vuestros pies.

*Lope.* Qué está usted diciendo?

*Sim.* A poner sus pies á ynestro corazon. (*Movimiento de don Lope.*) Bestia! Su corazon á vuestros pies... Sois jóven, no soy viejo; sois bella, no soy feo; sois rica, no soy pobre; teneis talento, no soy tonto; cuya cuenta y razon de recíprocos caudales, digo, de recíprocas cualidades, demuestra que en union con el sentimiento de la esperanza, cuyo acendrado amor... y sino... aquí está Lazarillo... (*Seña de Lazarillo.*)

*Leo.* (*Riéndose.*) Diga usted, señor fijodalgo, ha estado usted mucho tiempo para componer su preciosa arenga?

*Sim.* Cá! Señora, si apeándome del caballo... (*A Lazarillo.*) Verdad? (*Seña de Lazarillo.*)

*Leo.* Merece respuesta, y la daré. Mi querido tutor podrá al paso aprovecharse de ella. Aunque mi corazon estuviese libre, no admitiria la mano de usted, y mucho menos queriendo, me complazco en repetirlo, queriendo, y para siempre, á don Juan. El solo será mi esposo.

*Lope.* Qué audacia!

*Leo.* El tiene talento, valor y constancia, y sabrá encontrar arbitrios para libertarme del cautiverio en



que se trata de detenerme, y yo declaro formalmente á ustedes que le ayudaré por mi parte en cuanto empresa para nuestra comun felicidad.

*Lope.* Esto ya pasa de raya.

*Sim.* Pues señor, quedé lucido. (*A Lazarillo.*)

*Lope.* Veremos si se burla usted impunemente de mi autoridad: de hoy en adelante los medios mas rigurosos...

*Leo.* Todos son vanos: aunque usted consiguiera llevarme hasta el pie de los altares, alli mismo oiría usted de mi boca un no tan distintamente articulado, que no habria medio de pasar adelante.

*Sim.* Digo... pues se explica la niña.

*Lope.* Pues sepa usted, atrevida, que hoy mismo la he de entregar á usted en manos de cuatro dueñas, las mas duras, las mas inflexibles, las mas incorruptibles.

*Leo.* Bueno, bueno... dónde estan?

*Lope.* Pronto llegarán.

*Leo.* Ya quisiera verlas aqui: qué divertidas caricaturas voy á tener al lado! Con qué gusto las haré rabiar! Por de pronto, á dos ó tres he de matar á pesadumbres. Eso me distraerá.

*Sim.* Pues no tiene malas distracciones!

*Lope.* Señor don Simplicio, no haga usted caso. (*A Leonor.*) Háse visto desvergonzada... Pero veremos, veremos.

*Leo.* Qué hemos de ver? Si yo he de dejar burlados todos sus planes de usted. Yo los conozco: usted espera rendirme á fuerza de fastidio. Pero no saldrá con la suya: no conoce usted mi genio? De todo me he de reir: de las dueñas, de usted, y del señor tambien si insiste en sus pretensiones. Pero á Dios, que pierdo aqui un tiempo precioso. Voy volando á estudiar unas coplillas nuevas compuestas por mi don Juan para cantarse el dia de nuestras bodas, á las que quedais convidados el señor, usted y las dueñas: á Dios. (*Vase riendo.*)

*Lope.* Perdona usted, don Simplicio; estoy confuso: no sé lo que me pasa: sigámosla, y no la perdamos de vista.

*Sim.* Calabazas á un Cabeza de Buey! Estoy fuera de



10

mí: ven, Lazarillo, ven á consolar á tu desgraciado amo. (*Entran todos en casa de don Lope.*)

## ESCENA VI.

DON JUAN y á poco MÚSICOS, y luego DON SIMPLICIO.

*207 Loguiteros*  
*preludio y*  
*suben*  
Juan. Héme aquí por fin cerca de mi adorada... Pero de qué medio me he de valer para que lo sepa? Ese es su balcón, según me han informado: si pudiera de algun modo llamar su atencion sin que los de casa... Ah! cantando las coplillas que compuse para ella, y ella sola conoce: ya, pero sin instrumentos, y luego mi voz, voz tan conocida... (*Óyense preludios instrumentales.*) De dónde nacen estos preludios? (*Abrese la tierra, y salen de ella cuatro músicos.*) Hola! Pues esto cabalmente es lo que me hacia falta. Ó preciosa patita! A tí sin duda debo este obsequio.

Mús. Qué tienes que mandar? Aquí estamos para favorecer tus mirás.

Juan. Muchas gracias, señores: pues siendo así, vamos, pronto, un concierto impromptu para la bella Leonor. Si hubiera tiempo para que ustedes aprendiesen unas coplillas mías?

Mús. Ya las sabemos.

*31 Loguiteros*  
*coplillas*  
Juan. Estos sí que son *virtuosi*. Parece que hay mas habilidad debajo de la tierra que no encima. Cuántos cantantes y músicos conozco yo que necesitarian hacerse enterrar por algun tiempo. (*Cantan los músicos dos coplas de una jota aragonesa.*)

Envidia tiene la luna  
Y las estrellas y el sol  
A los ojos hechiceros  
De la hermosa Leonor.

Viva, viva. A su gloria cantemos,  
Que es el ramillete y la gala del Ebro.

La humilde fortuna mia  
Por un imperio no doy,



Cuando el labio me sonríe  
De la hermosa Leonor.

Viva, &c.

*Sim.* (He sentido música, y he maliciado que podía haber gato encerrado; me he colado por la puer-  
tecita del jardín... Hola, hola...! el don Juanito con  
una compañía de ópera; á ver, á ver. (*Se asoma  
Leonor al balcon, y cantan los músicos otras dos  
coplas.*)

Dios del amor, tus cadenas  
Bendice mi corazon:  
Qué mucho, si las arrastro  
Por la hermosa Leonor?

Viva, &c.

Cupido huyó de Cíteres  
A los valles de Aragon,  
Al brillar la dulce aurora  
De la hermosa Leonor.

Viva, &c.

*Leo.* Es posible, bien mio, que vuelva á verte?

*Juan.* Sí, Leonor de mi vida; vuelvo siempre mas  
tierno y mas fiel, y vuelvo para libertarte de la es-  
clavitud en que pretende detenerte tu odioso tutor,  
y substraerte á los insulsos obsequios de ese tonto á  
quien destina tu mano.

*Sim.* Muchas gracias por lo que me toca.

*Leo.* Ay, querido, trabajo tendrás. Has de saber que á  
todos los obstáculos que nos separan ya, debe aun  
don Lope añadir hoy la vigilancia de cuatro dueñas  
que se estan esperando de un momento á otro. Pero  
no temas, no lograrán jamas, por mas que intenten,  
alterar el amor que te profeso.

*Sim.* Allá lo veremos.

*Juan.* Cielos! Alguien nos acecha.

*Sim.* Don Lope, Lazarillo, á él, á él; aquí está.

*Juan.* Miserable, defiéndete. (*Desenvainando la espada.*)

*Sim.* Eso sí que no. Cuánto mejor es echar á correr: á  
él, á él; alarma, alarma. (*Vase.*)

*Juan.* Amigos, (*A los músicos.*) esto se va ya poniendo  
serio, huya el que pueda. (*Vase.*)



*A la I<sup>ta</sup> I<sup>ta</sup> Carrasco Leg<sup>da</sup> y Malli en  
el tocador con ramo de flores*

12

ESCENA VII.

DON LOPE, DON SIMPLICIO, MÚSICOS, y CRIADOS armados.

*Sim.* Ahí está, ahí está.

*Lope.* Qué estrépito! Qué es esto?

*Sim.* El don Juan, con una caterva de músicos.

*Lope.* Dónde, dónde estan?

*Sim.* Vedlos aquí. (*Los músicos se transforman en dueñas.*)

*Lope.* Está usted en su juicio? Hombre, si son las dueñas que estamos esperando con tanta impaciencia.

*Mús.* Sí señor, y esta carta de don Hilarion, su amigo de usted...

*Lope.* (*Después de haber leído.*) No hay duda, ellas son: que sea enhorabuena, señoras.

*Sim.* Qué señoras, ni qué espárragos! No son malas señoras. Repito á usted que son músicos ó demonios. Si los he visto yo, visto con estos ojos, lo que se llama visto, hombre. Estaban con don Juan, á quien ahuyentó sin duda mi tremendo aspecto.

*Lope.* Hé! Don Simplicio, ya veo que el amor y los zelos le trastornan á usted el juicio. Vamos, señoras; voy á presentaros á mi pupila.

*Mús.* A las órdenes de usted, caballero.

*Sim.* Hombre, qué está usted haciendo? Introducir en la casa á esta maldita orquesta!

*Lope.* Vuelva usted en sí, don Simplicio... Pasen ustedes adelante, señoras.

*Sim.* Pero si le digo á usted que estas brujas son músicos.

*Lope.* Hombre, déjeme usted en paz con mil demonios.

*Sim.* Ó con cuatro... pero...

*Lope.* Vamos, está visto: el pobre perdió la cabeza.

*Sim.* No la he de perder, hombre de Satanás, viendo tal obstinacion? (*Entran todos en la casa.*)

ESCENA VIII.

Cuarto de Leonor. Puertas á derecha é izquierda. A la derecha un tocador elegante con su espejo. En medio otro espejo de cuerpo entero. Varios retratos muy antiguos adornan el cuarto.

LEONOR.

Estoy sin vida. Salió mi tutor contra don Juan: le



acompañaron todos los criados con armas. Si mi amigo trata de oponer alguna resistencia sucumbe infaliblemente. Gran Dios...! Y ese panates de don Simplicio, que ha dado el alarma, y que por consiguiente será causa de cuanto pueda haber ocurrido de funesto... Ah! Si hasta ahora solo me pareció ridículo, cuánto va á serme odioso en adelante! Siento ruido. Deseo y temo á un tiempo de saber lo que ha pasado.

# ESCENA IX.

DON LOPE y LEONOR.

*Leo.* Y bien, señor, qué ha sucedido? (*Asustada.*)

*Lope.* Qué ha de haber sucedido? Yo no sé lo que significa el alarma de don Simplicio, el tono de tu pregunta... Habreis perdido todos la chaveta en casa?

*Leo.* Pero no habeis salido ahora mismo apresurado de casa?

*Lope.* Y qué?

*Leo.* Y no habeis encontrado...

*Lope.* A quién?

*Leo.* A don Juan?

*Lope.* Otra te pego. No lo dije yo que estaban locos. Todos soñando con don Juan. No señora; á quien he encontrado en la puerta de casa, pése á usted, es á las cuatro dueñas que estaba esperando... qué tal?

*Leo.* Qué! No habeis visto á don Juan?

*Lope.* Dale, bola. Hé! Quién ha sabido de él desde que huyó de casa?

*Leo.* Pero no habeis visto...?

*Lope.* Un demonio. Dónde quieres que le haya visto?

*Leo.* (Ya respiro.)

*Lope.* Si creerás que seré yo tan loco como tú y don Simplicio, que, aunque con distintos motivos, os figurais ver al tal don Juanito en todas partes? Buena alhaja, por cierto, tu tierno amante! Qué se ha hecho esa constancia á toda prueba que tanto alababas en él? Qué! Duerme su genio emprendedor? No decias que pronto habia de volver? Que pronto emplearia recursos extraordinarios para libertarte? Necia! Y qué poco conoces á los hombres! Apostaria que



ni siquiera se acuerda ya de tí. Ya ves que no le has merecido ni el menor esfuerzo para darte noticias tuyas. Ah, Leonor, otra en tu lugar estaría indignada de su conducta!

*Leo.* Sí? Pues á mí me encanta.

*Lope.* Hola! Pues mas vale así: á fé que eres indulgente. A bien que él no ha dejado de conocer que saldrían fallidas todas sus tentativas. Ya... ya... él me conoce, y sabe que nadie me la pega dos veces. Digo, y ahora, con el auxilio de los argos que me han enviado... veremos si consigues burlar la incesante vigilancia que te va á circundar en adelante.

*Leo.* En verdad, señor tutor de mi alma, que conseguirá usted envanecerme y darme de mí misma una idea superior. Cómo! Tantas precauciones contra mí? A fé á fé que empiezo á creerme mucha persona.

*Lope.* Sí, sí; ríase usted, ríase usted de mi cantela. Sobrará, si usted quiere, la que empleo; pero mas vale así, que si llegase á faltar... Hé, sepa usted que sus venerables doncellas no la han de perder de vista ni de día ni de noche, y como aun no se ha hecho costumbre el que no duerman nunca las dueñas, he acordado que para la noche convengan entre ellas en un turno de guardia dispuesto de modo que queden siempre á lo menos dos al lado de usted, y que se me pueda dar cuenta, de hora en hora, de todas sus acciones, movimientos, palabras...

*Leo.* Y pensamientos, tal vez? Por qué no? A bien que es escusado; yo se los manifiesto á usted con bastante franqueza. Con que ya estoy presa, hé? Si se figurará usted que yo voy á adoptar el tono triste y consternado de una cautiva? Já, já, já... Pronto se convencerá usted de que no puede ser guardar una muger.

*Lope.* Allá lo veredes, dijo Agrajes. Señoras, pasen ustedes adelante.

#### ESCENA X.

*Dichos, y DON SIMPLICIO dentro.*

*Sim.* No señor, no lo he de sufrir, no entrarán ustedes. (*A don Lope.*) Es posible, hombre porfiado.



hombre testarudísimo, hombre... aragonés por fin; es posible que usted se empeñe en entregar su pupila á esas pretendidas dueñas, á pesar de cuanto le dije? Repito que vi á don Juan con cuatro músicos en la puerta de usted, que no habia tales dueñas, que eso será sin duda un disfraz con que mi rival trata de introducir sus emisarios.

*Lope.* No sea usted majadero.

*Sim.* Por vida de... Señora, á la franqueza de usted apelo. No estaba usted hace un rato asomada al balcon?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* No estaban unos músicos tañendo y cantando en el portal?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* No estaba al frente el don Juan?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* No habló con usted?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* No dijo que yo era un tonto?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* No dijo que siempre la amaria á usted?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* Y usted no le contestó otro tanto?

*Leo.* Sí señor.

*Sim.* Qué tal! (*A don Lope.*) Pues dígole á usted que en llegando á casarme con ella...

*Leo.* Sí señor, sí señor, sí señor. (*Incomodada.*)

*Lope.* Desvergonzada. Con que ese pícaro se atreve todavía...? A bien que yo sabré vengarme. Señor don Simplicio, no se desanime usted: usted ha de ser su marido. Pero...

*Sim.* Pero, pero... qué pero ni qué manzano! Qué tal, muy señor mio, son músicos ó son dueñas?

*Lope.* Hombre, qué tiene que ver lo uno con lo otro? Bien, estuvo don Juan con sus músicos en el portal; daís voces; oye que acudimos en fuerza; huye con su gente; da la casualidad que llegan en el mismo momento las dueñas, y no encontramos sino á ellas. Yo no veo en todo esto nada que no se explique muy naturalmente.

*Sim.* Pero no podian ser los mismos músicos disfrazados?

*Lope.* Sí, que en un abrir y cerrar de ojos han muda-



do de trage, y de cara, y... Hé! (*Irónicamente.*) No sé cómo me detengo en contestar á tantas vaciedades... Y la carta de recomendacion de don Hilarion?

*Sim.* Vamos, ya me voy convenciendo: que entren, pues. (Con todo, bueno será no perderlas de vista.)

*Lope.* Con que, señoras, adelante. Ya conoceis mis intenciones. Espero que las seguireis al pie de la letra. (*Vase con don Simplicio.*)

# ESCENA XI.

LEONOR, y MÚSICOS vestidos de dueñas.

*Mús.* Señorita, á las órdenes de usted.

*Leo.* Querreis decir á las de mi tutor. Pero una vez que él os ha manifestado sus intenciones, bueno será que yo tambien os dé á conocer las mias. Yo ignoro qué salario os habrá señalado don Lope; pero por creciendo que sea, siempre será poco en comparacion de los trabajos que os esperan. Habeis de saber, en primer lugar, que me sucede á menudo dar, á un mismo tiempo, diez órdenes contradictorias, y que exijo sin embargo se cumplan todas sobre la marcha. De noche me levanto doce ó quince veces para ir á dar una vuelta al jardin, y, como pupila obediente y respetuosa, no me descuidaré en despertaros para que me acompañeis segun lo mandó mi tutor. De dia mudo ocho ó diez veces de trage, y empleo dos horas largas en cada tocador. Já, já, já: de antemano rio de la vida divertida que vais á llevar. A ver, á ver; quiero desde ahora probar vuestra habilidad. Vamos, la mas diestra de ustedes venga á peinarme. Vamos, avivarse.

*Mús.* Señora, un poco de paciencia... Ya voy.

*Leo.* Venga una silla. Quisiera un peinado con flores... pero no las tengo aqui: id pronto á buscarlas en un cajon que encontrareis abí dentro, encima de la cómoda.

*Leo.* Leonor se sienta al tocador. Este se transforma en un trono de flores, donde está don Juan presentándola una corona de rosas, mientras que las cuatro dueñas se transforman en ninfas que se agrupan al rededor de ella,



17

enlazando á los dos amantes con guirnaldas de flores.  
Qué veo! Don Juan! Qué prodigio!  
Juan. Oh, Leonor mia, contempla en mí al mas feliz  
de los mortales.

## ESCENA XII.

*Dichos y DON SIMPLICIO.*

Sim. Virgen del Pilar! Ahora con una compañía de baile... pronto, á don Lope... á ver si dirá otra vez que veo visiones.

Leo. Esplicame, bien mio, por qué medios sobrenaturales...

Juan. No me preguntes nada, Leonor, y celebremos los efectos sin indagar las causas.

Sim. Por aqui... por aqui... Ya verán ustedes.

Leo. Somos perdidos... Simplicio llega con mi tutor; qué haremos, Dios mio?

Juan. Qué sé yo? (*A las ninfas.*) Ustedes, por supuesto, sabrán lo que tienen que hacer en tal apuro?  
(*Las ninfas responden que si.*)

Leo. Y tú...? Por ahora ocúltate en mi cuarto... ya no hay tiempo... Oh! detras de ese espejo. Y todo ese aparato? Y mi tocador?

*Vuelve el tocador á su forma primera, y desaparecen las ninfas. D. Juan está escondido detras del espejo.*

## ESCENA XIII.

*DON JUAN, LEONOR, DON LOPE, DON SIMPLICIO, y CRIADOS armados.*

Sim. Le digo á usted que estoy cierto, ciertísimo. Dónde está?

Lope. Sabe usted, señor don Simplicio, que ya empiezan á cansarme sus estravagancias?

Sim. Diga usted lo que quiera. Yo puedo jurar que lo acabo de ver á los pies de la señorita con una compañía de baile completa.

Lope. Hé! majadero; siempre á vueltas con la compañía de baile, con la compañía de ópera.

Sim. Es que las tengo sentadas en el estómago.



*Lope.* Es que usted está viendo visiones.

*Sim.* Visiones? Pues el tiempo lo dirá.

*Lope.* Me hará usted el favor, señorita, de decirme dónde estan sus dueñas. (*A Leonor.*)

*Leo.* Qué? Acaso estaba yo encargada de velar sobre ellas? Habia creído lo contrario.

*Sim.* Qué dueñas? Bien lo dije yo que no habia tales carneros. Ya, como son brujas, brrr, se habrán volado... No lo dude usted, señor don Lope, aqui hay magia; el mismo demonio se ha introducido en casa.

*Lope.* Yo confieso que empieza á confundirme tanto embrollo.

*Sim.* Pues yo no me confundo tan facilmente, y no desespere de descubrir á mi alevoso rival. No es brujo él, no tiene alas, y no habrá podido volar con ellas. Por consiguiente estará por ahí escondido en algun rincon. Voy á revolver la casa de arriba abajo, y si doy con él, si doy con él... seguidme vosotros, (*A los criados.*) y vamos en su busca.

*Juan.* Busca. (*Escondido.*)

*Sim.* Ya se ve que buscaré, y para descubrirle, para darle el merecido castigo, todo lo revolveremos. (*A don Lope, creyendo que es él quien ha hablado.*)

*Juan.* Veremos. (*Escondido.*)

*Sim.* Sí señor, lo verá usted. (*A don Lope.*)

*Lope.* Pero hombre, á qué me viene usted á mí...?

*Sim.* Sí señor, á usted, á usted. Qué significa eso de busca, veremos. Eso es dudar, y dudar de mi valor, y yo no acostumbro tolerar ultraje igual ni del mismo... Pero á qué perder tiempo? Manos á la obra, y si no salgo con honor de mi empresa diga usted que don Simplicio Bobadilla es un tonto.

*Juan.* Tonto. (*Escondido.*)

*Sim.* Esta sala tiene eco. (*Temblando.*)

*Lope.* A qué vienen estas risas, señorita? (*Se rie Leonor.*)

*Leo.* Me ha hecho gracia el talento que tiene el eco en acertar.

*Sim.* Su eco de usted, señorita, es un grosero, un...

*Lope.* Ya estoy convencido de que don Juan está escondido en esta pieza. (*A Leonor.*) Si le descubrimos temblad.

*Juan.* Temblad. (*Escondido.*)



*Lope.* Esta es su voz, no lo puedo dudar. Busquemos.

*Jua.* ¿Oz me ha parecido salir de...

*Sin.* Aquí, aquí. (*Escondido.*)

Detras del espejo, detras del espejo. (*Va don Lo-*

*Lo.* con los criados á registrar.)

*To.* Pues si no hay nadie.

*Si.* Nadie! (*Atónitos.*)

*L.* Pues, magia, brujerías.

Qué significa todo lo que pasa hoy con don Juan?

*L.* estaré soñando?

*o.* Pero usted, señorita, nos hará el favor de explicarnos tanto misterio?

*L.* Sí, sí, explicarnos...

Y cómo podré explicaros lo que yo misma no alcanzo?

*pe.* Pero, en suma, entró aquí don Juan?

*o.* Sí señor.

*pe.* Salió?

*o.* No señor.

*pe.* Con que se escondió?

*o.* Sí señor.

*pe.* Y dónde?

*o.* Detras de ese espejo.

*pe.* Os burlais; si acabo de registrar, y nada...

*m.* Hé! El miedo os turbaria la vista. Pero no hay duda que ahí está. Todos hemos distinguido su voz en esa direccion.

*Lope.* Una vez que yo registré con miedo, por qué no va usted? Usted que es mas valiente puede...

*Sim.* Ya se ve que iré... (*Temblando se aleja del espejo.*)

*Leo.* No es aquel el camino. (*Mofándose.*) Vamos, ánimo, señor don Simplicio; por aquí, por aquí.

*Sim.* Sí señora que iré, y el tal don Juan... Vamos allá, vamos allá. A él, á él, amigos.

Echa delante de si á los criados, que tambien tiemblan. Al fin se acercan al espejo, y no atreviéndose á mirar detras, le inclinan de cabeza al suelo, hácia si, de forma que quedando descubierto el sitio donde se ocultó don Juan, vean todos que ha desaparecido. Luego llevan el espejo á otro punto de la sala.

Pues, bien mirado, me alegro de no haberle encontrado.



*Lope.* Por qué?

*Sim.* Porque una vez cara á cara con él yo podía derme. Quién sabe las resultas? (*Echando mano á la espada.*)

*Leo.* Já, já, já. (*Riéndose á carcajadas.*) Pobrecito!

*Lope.* Tanto descaro ya pasa de raya. (*A Leonor.*) me acabó la paciencia. Burlarse en estos términos de un padre!

*Sim.* De un esposo, como quien dice!

*Lope.* Llevadla al punto á una de las torres del castil

(*A los criados.*) Allí ha de permanecer hasta que s  
misa admita la noble mano del esposo que la presen

*Sim.* Bien hecho.

*Lope.* Qué os detiene? (*A los criados.*) Vamos, obedeced

*Se disponen los criados á prender á Leonor. Sale don Juan de detras del espejo.*

*Juan.* Deteneos, ó temedlo todo de mi furor.

*Sim.* A ver si me engañé cuando dije que detras de (*A*  
espejo...

*Juan.* Hola, caballero! con que eres tú quien preten-  
de robarme mi Leonor? A ver si te atreves á dispu-  
tármela con las armas en la mano.

*Sim.* Sí señor, con las armas veremos... (*Se esconde de-  
tras de los criados, empujándolos hácia don Juan.*  
Detenganme ustedes, detenganme ustedes, ó si r  
le mato.

*Lope.* Qué estais haciendo ahí plantados? (*A los cri-  
dos.*) Vamos, desarmadle, prendedle. (*Los cria-  
dos acometen á don Juan: este sucumbe.*)

*Sim.* Ya ves, rival temerario, lo que cuesta atreve-  
rse con un hombre como yo. Ya quedas vencido.

*Juan.* Cobarde! (*Huye don Simplicio.*)

*Lope.* Llevadle tambien á una de las torres; pero  
sea distinta de la que ha de habitar Leonor. L  
acordaré lo que ha de hacerse con él. (*A los cria-  
dos.*)

*Juan.* Leonor mia...!

*Leo.* Tranquilízate, amigo; mi corazon, mas justo q  
la suerte, no te hará traicion.

*Lope.* Llevadlos, llevadlos pronto.

*Sim.* Sí, sí: y cuidado con él, sobre todo; no le solteis-  
(*Los criados llevan á los dos amantes.*)



13

ESCENA XIV.

DON SIMPLICIO y DON LOPE.

L. Ahora que estamos solos, señor don Simplicio, dígame usted confesarle que le creía mas valiente.

S. ¿Cómo se entiende? (*Echando mano á la espada.*) ¿Que se le da usted el título de tutor de mi novia; él merezca mi justa indignacion. De lo contrario ya hubiera usted experimentado si se duda impunemente mi valor.

L. Ahora salimos con esa? Hombre, á qué viene ese arde marcial conmigo? No venia mejor cuando estaba presente su rival de usted?

S. Es que entonces, como ahora, como siempre, me mantuve porque se hasta qué extremo puede llevarme mi natural ímpetu una vez metido en la refriega.

L. Ya; y por lo mismo no se mete usted nunca. Pero dejemos eso ahora. No hace falta el valor para matrimonio, ó á lo menos no es de la misma clase el que se requiere. Con que, á pesar de lo visto, me mantengo en lo ofrecido: Leonor será de usted; mas debemos, ante todas cosas, acabar con el temible rival que usted tiene.

S. Temible, no para mí, por cierto.

L. Otra vez! Hombre, no sea usted majadero, y déjese usted de inútiles baladronadas. Qué haremos con don Juan?

S. Llevarle con buena escolta á Zaragoza, y entregarle á la justicia para que me le ahorquen por vago, por seductor, por alborotador, por atropellador de los derechos tutoriales y noviales.

L. Pues vamos, á ello. No hay que perder tiempo.

ESCENA XV.

La parte de la quinta de don Lope donde estan los personajes. Detras de las rejas aparecen en el uno don Juan y el otro doña Leonor.

JUAN, LEONOR, y luego CUPIDO, DON LOPE y DON SIMPLICIO.

L. No es tanta nuestra desgracia, amigo mío



*Lope.* Por qué?

*Sim.* Porque una vez cara á cara con él yo podía derme. Quién sabe las resultas? (*Echando mano per- á la espada.*)

*Leo.* Já, já, já. (*Riéndose á carcajadas.*) Pobrecito!

*Lope.* Tanto descaro ya pasa de raya. (*A Leonor.*) me acabó la paciencia. Burlarse en estos términos Se de un padre!

*Sim.* De un esposo, como quien dice!

*Lope.* Llevadla al punto á una de las torres del castil

(*A los criados.*) Allí ha de permanecer hasta que s. o. misa admita la noble mano del esposo que la presen- o.

*Sim.* Bien hecho.

*Lope.* Qué os detiene? (*A los criados.*) Vamos, obedeced

*Juan de detras del espejo.* Se disponen los criados á prender á Leonor. Sale dol. n

*Juan.* Deteneos, ó temedlo todo de mi furor.

*Sim.* A ver si me engañé cuando dije que detras de espejo...

*Juan.* Hola, caballerito! con que eres tú quien preten- de robarme mi Leonor? A ver si te atreves á dispu- tármela con las armas en la mano.

*Sim.* Sí señor, con las armas veremos... (*Se esconde del tras de los criados, empujándolos hácia don Juan.*) Detenganme ustedes, detenganme ustedes, ó si r le mato.

*Lope.* Qué estais haciendo ahí plantados? (*A los cr dos.*) Vamos, desarmadle, prendedle. (*Los cria acometen á don Juan: este sucumbe.*)

*Sim.* Ya ves, rival temerario, lo que cuesta atrev con un hombre como yo. Ya quedas vencido.

*Juan.* Cobarde! (*Huye don Simplicio.*)

*Lope.* Llevadle tambien á una de las torres; pero que sea distinta de la que ha de habitar Leonor. Luego acordaré lo que ha de hacerse con él. (*A los criados.*)

*Juan.* Leonor mia...!

*Leo.* Tranquilízate, amigo; mi corazon, mas justo que la suerte, no te hará traicion.

*Lope.* Llevadlos, llevadlos pronto.

*Sim.* Sí, sí: y cuidado con él, sobre todo; no le solteis. (*Los criados llevan á los dos amantes.*)



13

21

ESCENA XIV.

DON SIMPLICIO y DON LOPE.

*Lope.* Ahora que estamos solos, señor don Simplicio, permítame usted confesarle que le creía mas valiente.

*Simplicio.* ¿Cómo se entiende? (*Echando mano á la espada.*) ¿Vadezca usted el título de tutor de mi novia; él merece mi justa indignacion. De lo contrario ya hubiera usted experimentado si se duda impunemente mi valor.

*Lope.* Ahora salimos con esa? Hombre, á qué viene ese arde marcial conmigo? No venia mejor cuando estaba presente su rival de usted?

Es que entonces, como ahora, como siempre, me contuve porque sé hasta qué extremo puede llevarme el natural ímpetu una vez metido en la refriega.

*Lope.* Ya; y por lo mismo no se mete usted nunca. Pero dejemos eso ahora. No hace falta el valor para marido, ó á lo menos no es de la misma clase el que se requiere. Con que, á pesar de lo visto, me mantengo en lo ofrecido: Leonor será de usted; mas debemos, ante todas cosas, acabar con el temible rival que usted tiene.

Temible, no para mí, por cierto.

*Lope.* Otra vez! Hombre, no sea usted majadero, y déjese usted de inútiles baladronadas. Qué haremos con don Juan?

*Simplicio.* Llevarle con buena escolta á Zaragoza, y entregarle á la justicia para que me le ahorquen por vago, por seductor, por alborotador, por atropellador de los derechos tutoriales y noviales.

*Lope.* Pues vamos, á ello. No hay que perder tiempo.

ESCENA XV.

La parte de la quinta de don Lope donde estan los rejas. Detras de las rejas aparecen en el uno don Juan y en el otro doña Leonor.

JUAN, LEONOR, y luego CUPIDO, DON LOPE y SIMPLICIO.

*Lope.* No es tanta nuestra desgracia, amigo mío



la disposicion de estas rejas nos permite siquiera ver-  
nos y hablarnos.

*Vs.*  
*Loguitero P.*  
*para la trind*  
Juan. Ay, Leonor! estás presa, padeces, y todo por mi  
causa. De cuantos males podian acometerme, esta  
idea es la mayor.

Leo. Es posible que así te acalores? Piensa, mi bien,  
que para tu Leonor no es padecer el padecer por tí  
y contigo.

*Vs.*  
Juan. Con que solo para hacer mas amargas las penas  
que me esperaban, el hado quiso por un momento  
resucitar mis risueñas esperanzas! Mi decantado pro-  
tector, ya lo conozco, solo quiso burlarse de un in-  
feliz. Dónde han venido á parar los beneficios que men-  
fueron prometidos? Ah! cuánto me arrepiento ahora  
de mi necia credulidad!

*Vs.*  
Cup. Tente, desconfiado, ahora verás cómo castigo á  
los ingratos.

*Vs.*  
Sale Cupido guiando por el aire un carro elegante ti-  
rado por dos palomas. Al pasar delante de la reja de don  
Juan se desploma la torre, y queda él recogido en el  
carro. Otro tanto sucede con Leonor. En este instante lle-  
gan don Lope, don Simplicio, Lazarillo y criados.

Sim. Venga el burro que le ha de llevar á Zaragoza.

Juan. A qué mas burro que tú? A Dios.

Leo. Hasta la vista.

Lope. Que portento!

Sim. Leonor, Leonor de mis entrañas, huyes de mí  
desconoces la felicidad que te aguardaba en los bra-  
zos de tu Simplicio! Ingrata! Ay! yo fallezco. (Se  
desmaya en brazos de los criados.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Alan  
Trujona Dra

Esc<sup>a</sup> ultima.

D<sup>ho</sup>, D. Simplicio, D. Lope.

54

~~Sim~~ Ya estan en chirona. Veremos quien  
los liberta ahora de mi brazo  
seglar.

~~Sim~~ Entramos en la fortaleza y goce-  
monos en su desesperacion.

~~Sim~~ Ah! quanto me arrepiento ahora  
de mi necia credulidad.

~~Sim~~ Tente desconfiado! Ahora veras  
como castigo a los ingratos. (3<sup>a</sup>)

~~Sim~~ Advertio. Le llevaremos caballero  
en un buxo.

2.<sup>o</sup> Transf.<sup>o</sup> Cant

a entran en el castillo y se hallan encerrados  
en una jaula entre animales monstruosos: entre  
tanto se hunden las torres, y los armantes con ligeros  
atraviesan en un rayo luminoso por encima de la  
jaula.

~~Sim~~ Quien mas buxo que tu?

~~Sim~~ Ay! que es esto? Vos ha enja-  
lado el demonio.

~~Sim~~ Socorro! Pavor!



Sim.— Leonor ! Leonor ! Yo me arrepiento.

Si me caso contigo , yo seas manto,  
sin necesidad de este agarajo ? Ay !

que me embisten. Ertense v.º. quie-  
tos ! Por aqui , ay !

Lep.— Socorro ! Piedad !

Sim.— Socorro ! Socorro !





## ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un jardin con una casa elegante en el fondo, que tiene tres balcones en el cuarto principal, y dos rejas en el bajo. A la izquierda un arbol grande. A la derecha entrada de un bosquecillo.

### ESCENA PRIMERA.

DON SIMPLICIO, DON LOPE, un ESCRIBANO y tres ALGUACILES.

*Esc.* **P**ues señores, ya lo ven ustedes. Lo que es dentro de la casa no estan. No se puede haber registrado con mas escrupulosidad. Los criados declaran que no han visto forastero alguno; que su amo don Gonzalo ha salido á dar un paseo. Con que yo no puedo hacer mas, y me retiro con mi gente; pero no será sin advertir á ese caballero (*Señalando á don Simplicio.*) que antes de recurrir á la justicia, y de provocar una campanada, de que don Gonzalo podrá resentirse con razon, debió cerciorarse mejor, y adquirir mas y mejores datos.

*Sim.* Eso es; ahora pegarla conmigo, despues que me han robado la novia. Como dice el refran, tras de...

*Lope.* Chiton, desvergonzado.

*Sim.* Cómo he de callar, cuando estoy viendo que todo se conjura contra mí? (*Llorando de rabia.*) Qué mas datos me piden? Que se ha fugado la novia con su Juanito, bien lo sabe papá, (*Señalando á don Lope*) bien lo puede decir Lazari... (*No acaba, advirtiendole que Lazarillo está ausente.*) que se han refugiado aqui me lo ha revelado, asegurado y jurado un criado del espresado don Gonzalo por vengarse de su amo, que le acababa de despedir: que los demas criados nos lo niegan ahora, cierto es; pero no tienen interes en mentir para encubrir la falta de su

*Salan  
Arjona  
Vcelay  
Guzman  
y 2 Coppy  
pta fo*



amo? Que ya no estan en casa los delincuentes harto averiguado lo tengo: que salió á paseo don Gonzalo bien puede ser; pero no pueden aquellos haber salido con él? No pueden estar andando por ahí en las mismas dependencias de esta hacienda? Y así como se ha registrado la casa, no sería mas justo registrar ahora jardin, huerta, parque &c., que no haberse-las á troche y moche con el inocente oprimido?

*Lope.* Vamos, don Simplicio, sosiéguese usted, por Dios, que le va á dar un cañon.

*Sim.* Calle usted; si creerá el señor escribano que solo con la espada saben defenderse los Cabeza de Buey? Aunque caballero, algo sé yo de letras.

*Lope.* Pues mire usted, señor escribano, no deja de tener razon. (*Al escribano.*) Para que el registro sea completo deben recorrerse todas las dependencias de la casa, y si usted no tiene inconveniente...

*Esc.* Yo? corriente. Mientras don Lope, yo y uno de los ministros damos vuelta al parque, guarden ustedes (*A dos alguaciles.*) la salida de la verja grande; y usted, señor don Simplicio, quédese aqui de centinela para impedir el paso al bosquecillo que guia á la puerta de la huerta.

*Sim.* Cómo, como! Me dejan ustedes solo? Quédese aqui don Lope, y yo acampañaré al señor. (*Señalando al escribano.*)

*Esc.* No puede ser, porque mis diligencias han de estar autorizadas con la presencia del tutor, única persona hasta ahora á quien yo pueda reconocer con derechos suficientes.

*Sim.* Si á lo menos estuviera conmigo mi escudero Lazarillo...

*Lope.* Hombre, si sabe usted que le hemos dejado ahí fuera guardándonos los caballos. Pero qué significan esos temores, señor don Simplicio?

*Sim.* Yo no temo nada, sepalo usted, nada. Lo único que pudiera temer es que presentándoseme don Juan se travase entre él y yo un combate á todo trance, en cuyo caso me haria suma falta mi escudero, como obligado que está á asistirme en tales lances por las leyes que el uso ha establecido entre caballeros. Pero á qué voy ahora á meterme en libros de caballería



con un hombre que... vamos, vamos, mas vale callar,  
que me ciega la cólera, y...

*Lope.* No se acalore usted, señor ciego: voy á mandar-  
le su Lazarillo. (*Vanse todos, menos don Simplicio.*)

## ESCENA II.

DON SIMPLICIO.

Pues señor, una vez que me abandonan indefenso á las  
astas del toro, ingeniémonos para hacer menos peli-  
groso el lance. Si pudiera yo observar sin ser visto...  
Ah! felicísima ocurrencia! Subiéndome á un árbol,  
desde allí... Oh airadas sombras de mis nobles ante-  
pasados, cerrad los ojos, y disimulad el plebeyo re-  
curso que adopto: todo es lícito cuando se trata de  
la conservacion de este único vástago de los Majade-  
ranos y Cabeza de Buey. (*Trepa por el árbol.*) Me van  
faltando las fuerzas. Ya se ve, estarse uno tanto tiem-  
po en ayunas... (*Consigue colocarse encima del árbol.*)  
Hé! ya estoy en salvo. El caso es que no podría per-  
manecer mucho tiempo en esta postura. La sed que  
ya empieza á abrasarme, el hambre no menos impe-  
riosa que me va atormentando... Mas qué veo? Ellos  
son. (*Viendo venir á don Juan y doña Leonor.*) Si  
pudiera llamar! (*Mira hácia un lado y otro como pa-  
ra descubrir á alguien de su comitiva.*)

## ESCENA III.

DON SIMPLICIO sobre el árbol, DON JUAN, DOÑA LEONOR y  
DON GONZALO.

*Leo.* Te doy la mas completa enhorabuena, primo mio.  
Sabes que no hay en todo Aragon una posesion igual  
á la tuya?

*Juan.* Seguramente.

*Gon.* Es muy de ustedes.

*Leo.* Y qué jardines, qué parque tan hermoso y tan  
grande! Como que la vuelta que hemos dado me ha  
cansado de veras.

*Gon.* Sí? Pues entren ustedes á descansar mientras se  
les acaba de disponer el almuerzo.



*Juan.* No; estaremos mucho mejor aquí al fresco; qué te parece? (*A Leonor.*)

*Leo.* Tienes razon; hace un calor!

*Con.* Como ustedes gusten. Voy volando á que les traigan á ustedes la mesa á la sombra de esa encina.

*Juan.* Hemos venido á molestar á usted en unos términos...

*Leo.* Y quiera Dios que la generosa hospitalidad que le debemos no le acarree mayores incomodidades. Si mi tutor llega á saber...

*Con.* Cá! No hay cuidado. Antes de que pueda sospecharse nada ya estarán ustedes unidos. Agur, al momento vuelvo.

*Sim.* (Pues señor, yo estoy aquí á las mil maravillas.)

#### ESCENA IV.

*Dichos, menos DON GONZALO.*

*Juan.* Escelente idea fue la tuya de venir á ampararnos de tu primo Gonzalo: qué hombre tan generoso! Y yo que desconfiaba de él...

*Leo.* Con qué injusticia! Si le hubieras oído hablar con don Lope cuando supo que este te habia echado de casa! Cuánto mas prudente hubiera sido, le decia, casar á esos muchachos que no dar un cuarto al pregonero con sus amores!

*Juan.* Qué quieres? Yo pobre, él rico; yo poeta, él mayorazgo; quién demonio hubiera pensado que pudiésemos llegar á ser amigos?

*Leo.* Pues ya ves cuánto te engañabas. Pero, á todo esto ahora que estamos solos, me harás el favor de esparcirme los prodigios de esta mañana? Aquellas diñas, tu introduccion en casa, nuestra fuga aérea.. Sabes que es menester amarte mucho para no tener miedo? Si serás hechicero?

*Juan.* Calla, Leonor mia; qué mas hechizos que tus bellos ojos?

*Leo.* Ta, ta, ta... Un requiebro no es una respuesta, señor mio.

*Juan.* Muchas veces la suple.

*Leo.* No conmigo, te lo advierto. Con que, vamos, dímelo todo. Todo es sorpresas para mí, y tú, por lo visto, nada estrañas.



*Juan.* Tengo mis motivos para ello.

*Leo.* Oiga! Con que es decir que tú no tienes en mí bastante confianza para...

*Juan.* Cuán injusta eres, Leonor! Puedes creer que guardaria de tí el secreto si me perteneciera?

*Leo.* Que te pertenezca ó no... Ay, amigo mio, te querré tanto...! Vamos, qué quieres? soy muger y...

*Juan.* Oye, Leonor, nuestra felicidad pende de mi discrecion.

*Leo.* Con que nada sabré? Ay, qué felicidad tan cara! Vamos, no te pregunto mas: tengo aun mas amor que curiosidad.

*Juan.* Oh muger incomparable! Mas ya viene Gonzalo.

# ESCENA V.

*Dichos y DON GONZALO con dos criados que traen una cesta y una mesa.*

*Con.* De buena hemos escapado!

*Leo. y Juan.* Qué hay?

*Con.* Friolera: que mientras estabamos dando nuestro paseo, don Lope y don Simplicio, asistidos de la justicia, han venido en busca de ustedes.

*Juan.* Es posible?

*Leo.* Gran Dios!

*Con.* Y han registrado la casa de arriba abajo.

*Leo.* Pronto, pronto, amigo mio, huyamos.

Y dónde estareis mejor que aqui? No veis que ya, registrada la casa, no pueden suponer que esteis en ella?

Tiene razon. (*A Leonor.*)

*n.* Con que, ya que pasó el peligro, tomen ustedes un bocado mientras llega la hora de comer. No dejarán ustedes de necesitarlo. Interin, voy yo...

*Juan.* Cómo! No nos hace usted compañía?

*Con.* Jesus! Si habia yo almorzado muy bien antes de que llegaseis. Con que, buen provecho. Voy mientras tanto á escribir cuatro letras al amigo Tello de Zaragoza para encargarle las diligencias precisas, y mañana á estas horas, si Dios quiere, estareis ya desposados y velados. Que vengan entonces don Lope y su interesante protegido.



*Mientras la anterior escena han estado los criados disponiendo la mesa. Se va con ellos don Gonzalo, y se sientan don Juan y doña Leonor.*

# ESCENA VI.

*Dichos, menos DON GONZALO y los CRIADOS.*

*Sim. (Eso es; á comer, á beber, mientras que yo... por vida de Tántalo! y que tenga yo que sufrir esto en presencia de mi desfallecido estómago!)*

*Juan. Vamos, Leonor, un brindis: (Después de haber echado vino en los dos vasos.) á nuestro próximo enlace! (Beben.)*

*Sim. (Que no te se vuelva veneno, maldito!)*

*Leo. Y el pobre Simplicio, qué estará haciendo á estas horas?*

*Juan. Corriendo por esos campos en pös de su ingrata dama.*

*Leo. Cómo ha llegado á figurarse ese mostrenco que pudiesen jamás hacerle dueño de mi mano ni las mas violentas persecuciones? Un hombre tan feo.*

*Juan. Tan ridículo.*

*Leo. Tan tonto.*

*Juan. Tan cobarde.*

*Leo. Tan...*

*Juan. Y tú, hermosa mia, tan linda, tan graciosa, tan...*

*Se va acercando poco á poco á doña Leonor como para darla un abrazo, cuando á don Simplicio, que durante el anterior diálogo ha estado haciendo mil aspavientos, se le cae el gorro. Levanta la vista don Juan, y descubre á su rival.*

*Qué veo! Él es!*

*Leo. Ah, ah! (Riendo á carcajadas.) Pues ha debido divertirse la conversacion.*

*Juan. Qué está usted haciendo ahí?*

*Sim. Nada. Paseando al fresco.*

*Juan. Me alegro encontrar á usted. (Muy enfadado.)*

*Sim. Muy señor mio, crea usted que tambien celebro mucho...*

*Juan. Fuera broma. Vamos, abajo, y espada en mano. Leonor será el premio de la victoria. Disputémosla como caballeros.*



(Salan Arjona) Lazarillo Bra-  
Matth y Carrasco balcon 1.<sup>o</sup>

18

29

Sim. Si yo no soy amigo de disputas; tengo el genio mas pacífico...

Juan. Ah! bien veo que es usted tan vilmente cobarde como animal.

Sim. Poco á poco: qué es eso de animal y de cobarde? Cómo se entiende? Sepa usted, caballero, que no me gustan tales indirectas, y que no acostumbro tolerarlas.

Juan. Baja, pues; aqui estoy para darte satisfaccion.

Sim. Si estoy muy satisfecho: asi lo estuviera mi pobre estómago!

Juan. Si no bajas, mira que te hago saltar la tapa de los sesos. (*Apuntando una pistola.*)

Leo. Tente; qué vas á hacer?

Sim. Sí, sí, Leonor mia, vuelve por tu Simplicio, por tu futuro esposo.

Juan. Su esposo tú! Antes, muere...

Sim. Poco á poco. Allá voy. (*Supuesto que de todos modos está en peligro mi vida, mas vale probar si...*)

Baja, y queda al lado del arbol como para resguardarse de don Juan.

Juan. Déjame dar una leccion á este jumento. (*A Leonor.*)

Despacha. (*A don Simplicio.*) Espada en mano. Titubeas; mira que te... (*Apuntando una pistola.*)

Sim. Ay, madre de mi alma!

Saca la espada, y de la vaina, que tiene tres cuartas, sale una hoja de cuatro varas de largo.

Juan. Qué es eso?

Leo. Ah, ah, ah! (*Riendo á carcajadas.*)

Sim. Qué veo! Traicion, traicion! Si se vale usted contra mí de magia y brujerías, las armas no son iguales.

Leo. Ya se ve que no lo son. (*Riendo.*)

Sim. Agradézca usted que no pueda servirme esta espada; de lo contrario, voto á brios...

Juan. Qué te atreves á decir?

Sim. Es que yo tengo fama en la esgrima. Y si no, dígalo Laz... Ah! se me olvidaba que está ausente.

Pues, como decia...

Juan. Calla, tonto. (*A Leonor.*) Estoy tentado por guardar á ese majadero en rehenes.

Leo. Y qué quieres que hagamos con semejante trasto?

Juan. Huye, pues, miserable.

Sim. Huir yo! Accion de cobardes. Lo que haré, sí,

Veelay y  
Guerman con  
la cuenta de  
ala transe  
Carrasco y  
Matth, Garza  
4.0 pta  
~~El~~



será echar á correr... Pero pronto volveré acompañado del tutor, de Lazarillo, de la justicia, y de un ejército entero, para conquistarles á ustedes con las armas en la mano.

*Se va blandiendo su espada. Doña Leonor y don Juan se rien á carcajadas.*

### ESCENA VII.

DON JUAN y DOÑA LEONOR.

*Leo.* Ah, ah, ah! (*Riendo.*) Vaya un chasco! Pero á todo esto, y si ese tonto va á dar nueva alarma y vuelve en breve con mi tutor y la justicia, qué haremos?

*Juan.* No tengas cuidado, amiga mia; no nos han de faltar recursos para substraernos á cuanto pudieran emprender.

*Leo.* Ya, tú te lo sabes. Pero yo, que ignoro por qué secreta influencia nos libertamos de los lazos que nos van tendiendo, no las tengo todas conmigo. Asi es, amigo mio, que juzgo prudente el reunirnos pronto á don Gonzalo, y pedirle nos oculte en sitio mas seguro.

*Juan.* Sea como tú quieras. Mas suceda lo que sucediere, verás que todo lo vence amor. (*Entran en la casa.*)

### ESCENA VIII.

DON SIMPLICIO, DON LOPE, LAZARILLO, y luego DON JUAN y DOÑA LEONOR.

*Sim.* Cuánto me alegro haber encontrado á ustedes tan cerca!

*Lope.* Si veníamos...

*Sim.* Chiton, hable usted mas bajo.

*Lope.* Si veníamos por usted. Hemos recorrido con la justicia el parque y la huerta; nada hemos encontrado, y persuadido por consiguiente el señor escribano de que era falsa la noticia que nos dió usted de haberse refugiado aqui Leonor y su seductor, está re-negando de usted... Luego, luego le oirá usted á él mismo. El nos viene siguiendo; se ha detenido un rato á combinar con sus ministros la nota de las costas que usted, por supuesto, tendrá que satisfacer, señor mio, porque en fin...



*Sim.* Chiton; con que era falsa la noticia, hé?

*Lope.* A la vista está.

*Sim.* Chiton.

*Lope.* Pero qué significa...?

*Sim.* Chiton.

*Lope.* Explíquese usted.

*Sim.* Chiton por Dios, no me interrumpa usted.

*Lope.* Hombre, sino dice usted nada.

*Sim.* No importa: chiton por los innumerables mártires de Zaragoza, no me interrumpa usted. Aquí estan.

*Lope.* Quién?

*Sim.* Leonor y don Juan; los he visto.

*Lope.* Hé! Déjeme usted en paz con sus visiones.

*Sim.* Con que visiones, hé? Sabe usted que hay para volverle á uno loco? Soy yo ciego acaso? Qué demonio! Veo á Lazarillo, le veo á usted, le veo tal como es, sin ilusion alguna... Es usted viejo, es usted gordo, es usted feo.

*Lope.* Insolente!

*Sim.* No, si es para probar á usted que no soy ciego, y que cuando digo que los he visto, es que los he visto; diré mas, les he hablado; diré mucho mas, he presenciado su almuerzo. Por mas señas que aun estan ahí las reliquias del tal almuerzo, y que con ellas voy á restaurar mis abatidas fuerzas, mientras llega el señor escribano con su nota de costas. Vámonos, vamos.


*Lope.* Cómo es posible que en tan crítica situacion piense usted en comer?

*Sim.* No soy yo quien pienso en ello; es mi despótico estómago, que no me deja vivir.

*Lope.* Quite usted allá... No sé cómo tiene usted vergüenza para...

*Sim.* Para comer? No es lícito, acaso, tener hambre en su compañía de usted? Pues señor, tenga usted paciencia, que yo necesito comer para cobrar ánimo. Además, vamos claros, yo pertenezco á una familia que de generacion en generacion ha acostumbrado siempre á comer, y yo no quiero desmerecer de mis abuelos. Vamos, vamos, papá-suegro, no sea usted tonto, siéntese usted.

*Lope.* No, no, que la rabia me quita el apetito.

Ala  Sta  
Perez, Guerra  
Pinto, Aldean  
Aldeanar y  
Baylavin  
pta Yag



*Sim.* Pues á mí á la inversa. Con que, con el permiso de usted. (*Se sienta á la mesa.*) Lo que corre mas prisa es beber un trago: la sed me abrasa. (*Echa una botella de vino entera, sin que quede una gota en el vaso.*) Cómo! qué! oh suplicio! Pues qué tiene este maldito vaso? No bebió en él con toda comodidad mi ominoso rival? El infierno se conjura hoy en mi daño.

*Lope.* Bien hecho; me alegro.

*Sim.* Toma! El vino no me hace falta para nada. Voy á la fuente inmediata; me llevo este resto de pan, y...

*Quiere tomar lo que resta en la mesa del pan que sirvieron á don Juan y doña Leonor, y el pedazo que queda va volando á un lado y otro, corriendo en balde tras él don Simplicio para alcanzarle. Quedan pasmados don Lope, Lazarillo y don Simplicio. Don Juan y doña Leonor, que estan asomados al balcon desde que don Simplicio se sentó á la mesa, rien á carcajadas de este último chasco, hasta que llaman la atencion de don Lope.*

*Lope.* Gran Dios! Será posible! Ellos son.

*Sim.* No señor, (*Con ironia.*) si es una vision.

*Lope.* (*Me ahoga la cólera.*)

*Juan.* Cálmesese usted, señor don Lope.

*Lope.* Calle usted, infame raptor, y usted, rebelde pupila.

*Leo.* Yo rebelde? Ay! Tutorcito de mi alma, estoy pronta á dar á usted todas las pruebas de la mas respetuosa sumision: mándeme usted que me case con don Juan, y verá usted con qué docilidad obedezco.

*Sim.* No señor, yo soy quien...

*Lope.* Baje usted, yo se lo mando.

*Leo.* El amor me lo prohíbe.

#### ESCENA IX.

*Dichos, ESCRIBANO y ALGUACILES.*

*X*

*Esc.* Aqui traigo la nota de costas.

*Lope.* Qué nota, ni que niño muerto? Ved ahí los fugitivos.

*Esc.* Qué oigo! Pronto, pronto, bajen ustedes, ó abra-so esa puerta.

*Juan.* No podemos acceder á ninguna de esas dos proposiciones.



*Esc. Cómo! Qué audacia!*

*Sim. (Ya no estoy solo, manifestemos valor.) Qué, tardamos en apoderarnos de ese fanfarron? No quiere abrir la puerta? Pues amigos, al asalto. Animo! Arriba! Facil será por estas rejas.*

*Lope. Tiene razon, al asalto!*

*Todos. Al asalto!*

*Asi que don Lope y don Simplicio se han agarrado á las rejas, estas suben al cuarto principal, mientras el balcon donde estan los dos amantes baja al piso bajo. Estos y don Gonzalo, que sale en el mismo momento por la puerta, se escapan por en medio de los alguaciles, que quedan en el aire á una vara del suelo.*

*Juan, Leo, y Gon. Agur, señores, hasta la vista.*

### ESCENA X.

*Decoracion de selva corta. A la izquierda puerta de una casa de labrador. Salen de la casa un LABRADOR y ALDEANOS de ambos sexos.*

*Aldeano. Muchas gracias: hasta la vista... Agradezco mucho, tío mio, el obsequio que nos ha hecho usted.*

*Lab. Calla, calla: pasado mañana, si Dios quiere, de camino para casa de don Gonzalo, nuestro buen señor, pasaré unas cuantas horas en casa de mi hermana, y podreis pagarme el obsequio.*

*Aldeana. Ya, pero no vendrá usted como Juan, acompañado de todos sus amigos y conocidos.*

*Aldeano. Mira, muger, esa que llamas imprudencia mia, estoy persuadido á que el tío la disimulará. Yo conozco su franqueza.*

*Lab. Tienes razon, tienes razon. Tú y tus amigos encontrareis siempre en mi casa el mismo agasajo.*

*Aldeano. Y luego, era tan natural... Hemos estado juntos todo el dia en la romería bailando, comiendo juntos; y al volver al pueblo, cuando me consta que los compañeros necesitaban tanto como yo de un rato de descanso... podia decirles idos sin nosotros, que vamos á refrescar á casa del tío? No señor: pienso general, dije yo, era mas natural.*

*Lab. Muy bien hecho, muy bien hecho. Pero, hijos,*



sin que sea despediros, os aconsejo aprovecheis lo que resta de sol para recogeros. Hasta la vista.

*Aldeano.* Pero antes, chicos, una jota de despedida en obsequio del tío.

*Todos.* Vamos allá. (*Baile general.*)

### ESCENA XI.

*Dichos, DON GONZALO, DON JUAN y DOÑA LEONOR.*

*Lab.* Qué veo! El señor con dos forasteros!

*Todos.* Que viva nuestro buen señor, viva!

*Con.* Gracias, gracias, amigos míos. Nuño, despide á toda esa gente, (*Al labrador.*) que nos precisa estar solos. (*Los aldeanos se van victoreando á don Gonzalo.*)

### ESCENA XII.

*Dichos, menos los ALDEANOS.*

*Con.* Pronto, pronto; entrad á esconderos, (*A los dos amantes.*) ínterin voy yo por los caballos, y dentro de un cuarto de hora estamos ya galopando camino de Zaragoza.

*Leo.* Pero...

*Con.* No hay pero. Dejádme obrar; todo saldrá bien.

*Juan.* No tarde usted en volver, porque siendo propia de usted esta granja, es natural que llegen pronto á registrarla antes de irnos á buscar á otra parte.

*Con.* Dentro de diez minutos me teneis aquí: con que adentro, adentro. (*Entran los dos amantes. Da don Gonzalo algunas órdenes al oído al labrador, y se va.*)

### ESCENA XIII.

*DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO, ESCRIBANO, ALGUACILES, y paisanos armados.*

*Uno de los alguaciles, asomados por entre los árboles desde el final de la escena, ha visto entrar á los amantes y llama á su gente.*

*Alg. Pst., Pst. (Llamando.)*



Sim. Qué hay? (*Llegando con Lazarillo.*)

Alg. Vienen los compañeros?

Sim. Ahí llegan.

Alg. Está dispuesto el refuerzo que nos ha de ayudar?

Sim. Vienen mas de diez mil paisanos armados: hé, ya los tenemos aqui.

*Salen ocho ó diez paisanos armados, el escribano, los demas alguaciles, don Lope, y se reunen todos al rededor del alguacil.*

Alg. Con que ya no hay que tener miedo?

Sim. Qué miedo, hombre? Aqui estoy yo. Acabarás de explicarte?

Alg. Pues señor, ahí dentro estan.

Sim. Eh? (*Retrocediendo de susto.*) Estás seguro?

Lope. Qué miedo, hombre? (*Al alguacil con ironia.*)

Aqui está él. Sabe usted, señor don Simplicio, que luce usted á cada momento su decantada valentía.

Sim. Ya se ve que la luzco en llegando la ocasion: mi vida está llena de anécdotas que la acreditan bastante: aqui está Lazarillo, que bien lo puede decir.

Lope. Qué Lazarillo, ni qué Lazon! A cada momento está usted invocando su testimonio; y qué es lo que pudiera decir tan insigne escudero? Vamos á ver, que lo diga.

*Dirigiéndose á Lazarillo, á quien todos estan mirando. El calla, y manifesta en su fisonomia mucha sorpresa.*

Y por qué calla ahora. (*A don Simplicio.*)

Sim. Yo le diré á usted; (*Tomando aparte á don Lope con mucho misterio.*) hay un pequeño obstáculo para que hable Lazarillo, y es que... ya se ve, como el pobrecito es sordo-mudo de nacimiento...

Lope. Calla! Y es ese el testigo que ha de declarar en abono de cuanto nos está usted contando en alabanza propia? Eh! Ya veo que no se puede hacer caso de usted. Con que tú, (*Al alguacil.*) ven acá. Estás seguro de que nuestros fugitivos estan ahí dentro?

Alg. Seguro, segurísimo; como que los he visto entrar; y á fé á fé, que si no hubiera sido por mí, por el celo con que corrí tras ellos, adelantándome á ustedes...

Sim. Calla, calla. (*Abrazándole.*) Yo conozco cuánto

Gaspar y  
en ent-do

Mallí y  
Carrasco y  
en ent-do

a la  
y Ma...



debo á tu celo, y basta. (*Dándole la mano.*) Ya me entiendes.

*Alg.* Oh! Señor, yo no lo digo por tanto.

*Sim.* No, no, no; es que no tratas con ningún desagrado. Así que estemos de vuelta á la quinta sue-

gral, acuérdate que tengo algo que prometerte.

*Lope.* Eh! Vasta ya de coloquios episódicos: á la obra! Hagamos inmediatamente nuestras disposiciones de ataque.

*Esc.* Tiene usted razon, ataquemos.

*Sim.* Sí, sí, ataquemos, ataquemos: eso me gusta; sin embargo, ataquemos con cautela, porque ya ven ustedes, la cautela siempre... sobre todo, cuando la prudencia... estamos? hace que el peligro cuya temeridad, digámoslo así, suele...

*Esc.* Tiene usted mil razones, y queda usted perfectamente comprendido. Empecemos por un bloqueo en forma de la casa.

*Sim.* Sí, sí, el bloqueo; tiene razon el secretario. A bloquear!

*Lope.* Bloqueemos.

*Sim.* Porque, seamos francos, en un bloqueo hay menos riesgo, y luego tarde ó temprano se nos han de rendir aunque no fuera mas que por hambre. Con que, batallon! (*A los paisanos.*) armas al hombro! Por el flanco derecho, á la izquierda... no señores, no es eso. Pónganse ustedes así como quien dice... pues, en forma de... qué demonio! Bien deben ustedes saber cómo se han de poner. Y sobre todo, no desviarse en un ápice de las instrucciones militares que acabo de darles á ustedes. Estamos?

#### ESCENA XIV.

*Dichos y DON GONZALO.*

*Gon.* Qué significan, señores, todos esos preparativos de guerra? Con qué derecho intentais bloquear una habitacion que me pertenece?

*Lope.* Y con qué derecho da usted asilo á una pupila que se substrahe á la legítima autoridad de su tutor?

*Gon.* No le debo á usted satisfaccion sobre el particu-



tar. Soy dueño & admitir en mi casa a  
quien me dé la gana.

Sim.— Segun y conforme. Esta es cuertion de dese-  
cho à la verdad: pero yo no soy zulado en  
la materia y sostengo....

Don.— Yo sostengo que es & un animal.

Sim.— Eso no prueba nada para el caso, señor  
mío: un insulto no es una razon, y cual-  
quiera que hace intervenir las persona-  
lidades en una discusion, envilece la mas  
noble facultad del hombre, y merece el des-  
precio publico; Logica, señor mío, logica.

Lop.— Aqui no hay mas logica que tomar uno  
lo suyo donde quiera que lo encuentre. Con  
que, amigos, a ellos. *(A los parientes q' se dirijen a la comi-  
da)*

Eca.— Deteneos, señores, deteneos: ledant aaria.

Lope. al escribano toca dirijir estos plega-  
dos. Procedamos, pues, con formalidad. Sea  
D. Gonzalo, quierse & entreguemos esponta-  
neam<sup>te</sup> a D<sup>a</sup> Leonor, que está retirada en esa  
su casa de &, y a quien reclama su tutor  
D. Lope, aqui presente, y a quien hoy se co-  
nozo? Si o no. Sentiré que & nos ponga en  
el caso de usar de un ~~recurso~~



Yon. — Yo no puedo hacer traición a la amistad q.  
<sup>Malli</sup>  
~~X~~ <sup>Carra</sup> confío en mi, y me parece que entregar  
<sup>Yr</sup>  
a Leonor...

Esc.<sup>a</sup> 15.

Don y D. Juan q.<sup>e</sup> sale furioso oyada en mano trayendo a D.<sup>a</sup> Leonor.

Juan. — Entregas a Leonor! morir primero!

Sim. — Rebelion! rebellion! Amigos, a él, a él. Yo por  
si acaso voy a cortarles la retirada a cinco  
leguas de aqui.

Se liara un combate entre D. Juan y D. Gonzalo por una parte y los  
parianos por otra. Aquellos ceden al fin. Los alguaciles se apoderan  
de D.<sup>a</sup> Leonor, a quien se llevan. D. Simplicio, al querer refugiarse  
detrás de la puerta, da muchas vueltas con ella, logra desahucarse y aton-  
do corre detrás de Doña Leonor.

Esc.<sup>a</sup> 16.

Lupido: D. Juan conducido por Cupido de la mano,

Juan. — Qué fuerza sobre humana, que Genio invirible  
me arranca de entre las manos de esa malde-  
cida canalla... Ah! Qué veo? Eres tú delicioso  
Cupido, mi protector, mi numen tutelar.

Lup. — Detente: no te postres a mis pies, q.<sup>e</sup> haato  
probada me tienes ya tu sumision a mis  
decretos. Yo soy el que acabo de sustraerte be-  
neficio de las garras de tus enemigos. Y como  
podiera abandonar Cupido al mortal que  
mas honra sus altaces?

Juan. — No extraño que me hayas hecho invirible



23  
a mis perseguidores. Escribeos despreciados, tuto-  
res petmaros, impertinentes, avaros, y novios  
estupidos grotestos y testarudos, no merecen ver  
el alagüeño rostro del amor. Sea dime, te  
ruego, dime (por las gracias de tu voluptuosa  
madre y por el episodio feliz de su talamo  
nupcial que te produjo para sea dulce y an-  
helado martirio de todo vicio viviente, dime  
que es de mi amada Leonor. Si por ventura  
respira libre, lejos de sus aborrecidos opresores,  
¿cómo no ha volado ya a mis amantes bra-  
zos? Si otra vez gime cautiva, ¿porqué lo  
concientes niño Dios? ¿porqué tardas en rom-  
per sus cadenas?

Lup.— Ya he quebrantado las tuyas. ¿Qué mas quieres?

Juan.— ¿Qué mas quiero me preguntas? Puedo yo  
acaso vivir un momento sin la reina de  
mi corazón, sin el embelero de mis sentidos,  
sin mi adorada Leonor? Si alguna deidad ene-  
miga, mas poderosa que tú te impide liber-  
tarme a los dos, sea la libre Leonor y yo el  
encadenado. Ausente de sus hermosos brazos,  
¿parague quiero la libertad? El mundo sea  
un desierto para mí; la misera existencia



Un peso intolerable. Ni me será grato el apacible gorgceo de las canoras avelillas, ni los rayos bienhechores de ese astro caador. El tenebroso manto de la tétrica noche, el lugubre ahuido del melancólico y solitario buho...

Lup. — Ah, ah, ah, ! Donoro estás por vida mía. Si bien dijo un poeta dramático o bien <sup>la</sup> dirá sino lo ha dicho, que amantes y celeros todos son locos. Qué diablo charlatan te inspira ese frenético y saporífero razonamiento?

Juan. — Te bualas de mi dolor? Te deleitas en verme desesperado? Oh! fementido, oh cruel rapaz! Desventurado mil veces aquel...

Lup. — Temeroso! ¿Qué te atreves a profetizar? Por las barbas de Júpiter capitolino...

Juan. — Ah! Celedonia, perdona heamoro niño mío. El dolor me enagena. No se lo que me digo. ¿Mas porque me separas de la encantadora Señora? ¿Cruel! ¿No es tiempo de que yo vea, infeliz de mí; el suspirado término de tantos afanes?

Lup. — No.

Juan. — Acerba palabra! ¿Y con qué ceno la pronuncias! Destierzale trcano cupidito,



destierxalo de ese agraciado semblante, que  
te pones tan feo, y no te querran las mu-  
chachas.

24

Lup. — ¡Talamero! Como sabes desarmar mi cólera?  
Como sabes que el amor se alimenta de  
lisongas! Yo debería abandonarte al adverso  
destino que te perseguía antes de haberte  
acojido bajo mi protección; yo debería come-  
der la victoria a tu estrafalario rival y....

Juan. — Venir a tan linda cariátua con una especie  
de acémila, con un mamazacho talrestolido!  
No, no creo que así mancilles tu nombre.  
No es el amor el numen que preside a  
semejantes consorcios. Figuritis agni; sino  
el interés, la vanidad o la locura.

Lup. — Metafísico estás.

Juan. — Es que...

Lup. — Vaya no te afligas, no te desesperes, Juanillo.  
Leonora te será siempre fiel.

Juan. — Oh ventura!

Lup. — Si, y aun despues del matrimonio. Abombrate!  
El idiota del novio no se aplaudirá de su  
triunfo. Buena noche te espera! A propósito,



ya no tardará en desahogar la susodicha  
noche sus tinieblas misteriosas, tan gratas  
al amor. A Dios, veo venir a tu amigo  
D. Gonzalo, te dejo por pocas horas. Un ne-  
gocio muy arduo me ocupa en este momento.

Juan. Arduo negocio! ¿lual puede serlo para ti.

Lup. Friolera! Me he propuesto hacer q<sup>e</sup> viento  
el fuego del amor...

Juan. ¿Quien?

Lup. Un usurero. *(m.)*

*Esc. 87.*

*D. Juan, D. Gonzalo.*

Gon. Amigo D. Juan!

Juan. Primo mío, que ya así debo llamar al  
primo de mi Leonor!

Gon. ¿Cómo te veo a V. aquí tan sereno cuando  
te suponia en poder de esa gente non sancta?

Juan. Logré fugarme.

Gon. A mí me han dado libertad los corchetes  
por respeto a mi nombre; pero Leonor  
no ha sido tan afortunada. La pobre  
niña ha sido nuevamente entregada  
al brazo seglar de su empalagoso tutor.

Juan. Calle D. Lupus in fabula. Si no me engaña



la vista por allí viene soliloqueando el mismo  
tutor en cuerpo y alma. Retiremonos á este lado.

Esc. 18.

Señor D. Lope.

Lop. Si, ya es mucho tardar para un escribano, q.  
esta gente es la mas puntual del mundo. Le  
buscare, celebraremos el contrato y si no lo firma  
de bien á bien mi rebelde pupila, el tesorero... Señores,  
han visto V. pasar por aqui al escribano  
D. Sisebuto Corneja de...

Juan. Viejo polilla, aun te atreves...

Lop. (Ay Dios de Israel!) No señor, yo no me atrevo  
á nada.

Juan. Amatoste! ¿Porque buscas al escribano? Para  
prendeame?

Lop. Calle D.! Yo prenderé al señor D. Juan! A un caba-  
llero tan amable, tan distinguido, tan galán...!  
¿Yo? Qué disparate! Valgame Dios! Nada de eso, son  
D. Juan. No se acalore V. D. Simplicio es el que... {Va anocheciendo}

Juan. D. Simplicio y V., y V. y D. Simplicio son para mi en-  
tes ridículos y despreciables.

Lop. No digo yo lo contrario, señor mío.

Juan. Oiga V. cuidado con maltratar á mi prenda de  
palabra y mucho menos de obra. Cuenta con ella,  
que si me apura V. el sufrimiento.



Lop. — Oh! Libréme Dios.

Juan — Le conviento en atun.

Gon. — No sea' eis tan gran prodigio.

Lop. — Gracias... congue... Pero a' v. las manos... Sea-  
vida... v. manden... Ah! manos besa el hombre  
que quisiera ver cortadas. (m.)

Esc. 12.

D. Juan, D. Gonzalo.

Gon. — Es preciso tomar algun partido, y ya sabe v.  
que en cuanto queda y valga estoy determinado  
a' revirle. Apoderados de la bella Leonor, esos  
tios, son capaces de hacer alguna villanía.

Juan — Venga v. D. Gonzalo. Descansaremos un instante en  
la granya inmediata, q<sup>e</sup> bien lo habemos menester.

Gon. — Pero no me dirá v. la causa de tantas maravillas,  
de tanto...

Juan. — Señóname v. sino satisfago por ahora en justa  
curiosidad. Me va mas que la vida en no  
revelar este secreto.

Gon. — Mas que la vida? (Si tendria efectivamente  
pacto con alguna familia...

Juan. — Venga v. D. Gonzalo, y tenga entendido...

Gon. — Qué?

Juan. — Que todo lo vence amor.

(m. l. l. l.)



lar. Soy dueño de admitir en mi casa á quien me da la gana.

*Sim.* Segun y conforme. Esta es cuestion de derecho, á la verdad; pero yo no soy zurdo en la materia; y sostengo...

*Gon.* Yo sostengo que es usted un animal.

*Sim.* Eso no prueba nada para el caso, señor mio: un insulto no es una razon, y cualquiera que hace intervenir las personalidades en una discusion, envilece la mas noble facultad del hombre, y merece el desprecio público. Lógica, señor mio, lógica.

*Lope.* Aqui no hay mas lógica que tomar uno lo suyo donde quiera que lo encuentre. (*A los paisanos.*) Con que, amigos, á ello. (*Todos se dirigen blandiendo sus armas hacia la casa.*)

*Esc.* Deteneos, señores, deteneos... *cedant arma togæ*, lo que quiere decir en castellano, al escribano toca dirigir estos fregados. Procedamos, pues con formalidad. Señor don Gonzalo, quiere usted entregarnos espontáneamente á doña Leonor, que está retirada en esa su casa de usted, y á quien reclama su tutor don Lope, aqui presente, y á quien doy fé conozco? Sí, ó no. Sentiré que usted nos ponga en el caso de usar de un rigor...

*Gon.* Yo no puedo hacer traicion á la amistad que confió en mí, y me parece que entregar á Leonor...

#### ESCENA XV.

*Dichos y DON JUAN, que sale furioso con espada en mano, trayendo á doña Leonor.*

*Juan.* Entregar á Leonor! Morir primero!

*Sim.* Rebellion, rebellion! Amigos, á él, á él! Yo por si acaso voy á cortarles la retirada asegurándome de la puerta.

*Se trava un combate entre don Juan y don Gonzalo por una parte y los paisanos por otra. Aquellos ceden al fin. Los alguaciles se apoderan de doña Leonor, á quien se llevan. Don Simplicio, al querer refugiarse detras de la puerta, da mil vueltas con ella, logra desasirse, corre mareado y atontado tras de doña Leonor, á*



quien siguen el escribano, don Lope y Lazarillo. Los paisanos se llevan á don Juan en otra direccion. Don Gonzalo entra en su casa. Muda la decoracion.

ESCENA XVI.

Decoracion de la escena VIII del primer acto. Hay en el tocador dos velas encendidas.

DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO y DOÑA LEONOR.

*Sim.* Uf! Ya era tiempo de llegar: á ver si descansamos: en fin, no ha costado poco conquistar á esa ingrátilla. (*Deja en un sillón su gorro, su capa y su espada.*)

*Leo.* Vive aun don Juan?

*Sim.* Ya se ve que vive, pero yo tambien vivo.

*Leo.* Pues viviendo aun don Juan, nada habeis adelantado con tenerme en vuestro poder. El triunfo durará poco.

*Sim.* Sí, sí; cuente usted con él. Ya estará muy distante de aquí, y ya estamos á cubierto de sus hechizos. Los de usted, lucero, son ya los únicos que conservan su imperio.

*Lope.* Estan tomadas todas las precauciones, y si se acerca á quinientos pasos de esta quinta...

*Leo.* Muy en breve lo espero; muy en breve estará á mi lado.

*Sim.* Cá! Porque tiene pacto con el demonio, hé? Pero como mañana ya será usted mi esposa, ya estaré asegurado de...

*Leo.* Al contrario, amiguito, nunca tuvo usted mas porque temer.

*Lope.* Pocas palabras, estamos? Yo no tengo ganas de conversacion á estas horas. Retírese usted á la pieza inmediata, que ha de ser su única habitacion hasta la hora de dar la mano á...

*Sim.* Sí señora; retírese usted.

*Leo.* Eso es decir que voy presa, (*Sonriéndose.*) no es verdad?

*Sim.* No señora: qué disparate! Cómo nos cree usted capaces...! Ponerla á usted presa! ni por pienso. Lo



único que queremos es detenerla á usted en un sitio de donde no pueda salir.

*Leo.* Mil gracias por la moderacion. Pues señor, allá voy á encerrarme para pensar esclusivamente en el dulce dueño á quien nunca dejaré de amar.

*Sim.* El tiempo lo dirá. Asi que usted llegue á conocerme...

*Leo.* Persuádase usted, don Simplicio, y persuádase tambien mi querido tutor, que la constancia triunfa de los mayores obstáculos, y que todo lo vence amor. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

*Dichos, menos DOÑA LEONOR.*

*Lope.* Ta, ta, ta: eso es hablar por hablar.

*Sim.* Lo cierto es que tenemos el pájaro en jaula. Con que ya podemos irnos á acostar.

*Lope.* Acostarse! Está usted en su juicio?

*Sim.* Ya se ve que estoy. Toma! Qué tiene de particular el que desee descansar, despues de haber corrido tanto hoy á pie, á caballo, á rejas, á molino... Vaya, vaya; yo estoy tronzado. Aunque tuviera uno el cuerpo de hierro!

*Lope.* Y quién hará centinela en la puerta del cuarto de Leonor?

*Sim.* Tiene usted razon. Aqui está Lazarillo, que me hará el favor.

*Lope.* Y si sucede algo, cómo nos llama el señor sordomudo?

*Sim.* Es verdad; yo no caía en la cuenta del sordomudismo. Si estoy siempre tan distraido! No es verdad, Lazarillo? Usted mismo, papá-suegro, no podria quedarse, ó cualquier criado de casa?

*Lope.* Calle usted, hombre: á usted, como mas directamente interesado, á usted es á quien incumbe guardar á su futura esposa. Y luego, que una mala noche pronto se pasa.

*Sim.* Toma! Como á usted no le ha de doler...

*Lope.* Vamos, vamos; mañana al amanecer mando por el notario, y se concluye sobre la marcha la boda deseada.



*Sim.* Sí, y estaré yo para el caso despues de una noche como la que me espera.

*Lope.* Vaya, vaya, buena noche, yernecito mio. Ven, Lazarillo.

*Sim.* Papá, papá; y me deja usted solo?

*Lope.* Otra vez el miedo!

*Sim.* Miedo? Qué disparate! No es sino que á mí me gusta la sociedad.

*Lope.* Hasta mañana si Dios quiere. (*Vanse don Lope y Lazarillo.*)

*Sim.* Dicho y hecho, me abandonan. Papá, mándeme usted siquiera con que cenar, aunque no fuera mas que un par de pavos.

## ESCENA XVIII.

### DON SIMPLICIO.

Hé... héteme aquí cara á cara conmigo mismo. Jesus, Jesus mil veces! Cuántos trabajos tiene uno que pasar para casarse con una muchacha que no le quiere! Siempre corriendo, siempre volando, siempre ayudando. Qué hambre tengo! Qué cansado estoy! Y sobre todo, qué sueño el mio! Pues señor, suceda lo que sucediere, tratemos de dormir, porque durmiendo se olvida uno de las fatigas, y, hasta cierto punto, del hambre. Ya, pero cómo y dónde dormir? Discurramos... En un sillón; le coloco delante de la puerta que importa guardar, y de este modo nadie podrá entrar ni salir sin despertarme. Oh! qué rasgo de... cómo diré yo, de genio ó de ingenio? Cualquiera cosa, que yo no quiero reñir con nadie. Vámonos á la cama.

*Coloca un sillón enfrente del cuarto de doña Leonor; luego, en el acto de disponer una silla por delante para descansar las piernas, se detiene.*

Ya, pero me ocurre una dificultad; al querer entrar ó salir cualquier fantasma me puede atropellar, y no me saldria la cuenta: á ver; el asunto es cumplir con mi guardia, y no arriesgar el pellejo. Desde allí (*Señalando el lado opuesto.*) lo mismo podré observar, y, en un apuro, me es mas facil alcanzar la puerta de la escalera. Bien pensado.



¿cuando cambiare yo este desierto lecho por el  
dulce talamo nupcial?; Horrible es que habiendo  
tanta escasez de maridos me cueste a mi  
tanto trabajo el llegar a serlo? La mitad  
de las calamidades que han florido sobre  
mi desde que puse los ojos en esa tridonzue-  
la de Leonor, la mitad de los riesgos con  
que me ha favorecido, bastaban para arre-  
drar a un novio menos testarudo... me-  
nos navarro yo. Pero que se ha de hacer?  
Becho al agua! La negra honrilla me  
obliga a no desistir de mi empresa... ¿La  
negra honrilla? Poco a poco. Meditemos. Por  
salvar la honrilla puedo perder la honra,  
que es como resistir al cólera y sucumbir  
al cólera; o como huir del peregril y salirle  
a uno en la frente. En la frente! Esta es mi  
parte flaca. Ya siento en ella ciertos sín-  
tomas de... que me se yo... de progreso. Pero  
son vanos mis temores. Una vez casada  
esa rapaza conocerá sus deberes, apreciará  
mi mérito y no osará mancillar el nombre



de un labera de buey... labera de buey...! Conferemos  
que este apellido aunque ilustrísimo, no es de muy  
buen agüero que digamos. La chula es traviesa y  
muy capaz de hacer real y efectivo este blason de  
mi linage. ¡Lacacoles! Ah! los cacacoles tienen cues-  
nos tambien. ¡Fatalidad! Cuanto me ocurre, quan-  
to hablo, todo es coxundo. Eh, procuraremos dormir  
y plegue a S. Marcos... digo, plegue a Cornelio  
Nepote...dale, que tan fatales agüeros no me  
perungan aun en brazos del sueño. Poco a poco:

Procurare  
la vida la  
pasada y  
cua lo g

la prudencia madre de la seguridad exige q<sup>e</sup>  
registre uno escrupulosamente el cuarto donde  
ha de dormir: esta cama... el caso es q<sup>e</sup> aqui  
todo tiene un aspecto tan... imponente que me  
da miedo, dicho sea entre mi mismo, el exa-  
minarlo. Ya... pero entre el miedo de registrar  
y el miedo de tener miedo... alla voy... todo se  
puede conciliar: registraré, pero registraré con  
miedo. Nada. Vaya, está visto, me hallo solo,  
absolutam<sup>e</sup> solo: no se puede estar mas solo.  
¡Con que ganas me va a pillar el sueño!

Oaaa! Qué veo! Los retratos de la posteridad  
de D. Lope bostezan tambien! Será engaño

Los retratos  
abren la b



de mi fantasia! Probemos!... ¡Vaya... Ay Virgen (4r.  
de Mendigosia que son ellos! Saben 8.  
29  
que habia lo bastante para temblar sino  
fuera por el valor natural que le anima  
a uno y le hace superior a todas las... Ay!..  
no sé lo que daría por dormirme; porque  
si durmiera probablemente sería con los ojos  
cerrados y no vería todas estas bujerías que  
me dislocan. Sea calla y para no verlas no hay  
mas que apagar las luces? Ya, mas eso es  
salir de un apuro para caer en otro; y si  
a favor de la oscuridad vienen los duendes  
a hacerme cosquillas, a pincharme las pan-  
toxillas... ¡Bah! entonces llamaré a Don  
Lope, recurso que no debo emplear sino  
en la ultima extremaidad, porque el viejo  
terrazudo que todo lo atribuye a miedo  
seria capaz de negarme al fin su pupila.  
No hay que titubear: mi futura felicidad  
pende de la conducta que observe esta no-  
che critica. Apaguemos las velas. En breve  
las antorchas de himeneo me volveran la luz



apetecida. — Si estaaa tambien el demonio en <sup>{Apaga las  
lucias fuego  
de ellas.</sup>

estas velas? Otra vez? Ha, ah, ah! Ya está apa-  
gado el demonio...! Dale! vaya una tema.

Está visto que el diablo lo ha tomado por  
su cuenta. Pues, señor, ya que se ha empe-  
ñado en que yo me vea dormir, hagase  
su diabolica voluntad y procuremos dar  
descanso, sino al animo al menos al mobi-  
do cuerpo. Novio... novillo... casamiento por  
fuerza... cabeza de buey... laaacoles... manse-  
dumbre... lapnicornio...

Se echa en la cama, la cual ha de estar a tres cuartas del suelo: luego q.  
D. Simplicio se ha dormido sube lentam<sup>e</sup> a una altura respetable y despen-  
dese de ella otra tarima con D. Lope q. baja a ocupar el lugar de la anterior.  
ambas camas tendrán su oporcion de colchones y colcha: esta colgada dos tercios  
de la superficie. **Paura: Sueña la cama.**

Lop. — Vy! Qué es esto? Quien anda ahí? Donde estoy? <sup>{Estando  
abajo.</sup>

Sim. — Eh? Quien entra? Ahue allá demonio. Lo que  
ha crecido esta cama durante mi sueño! <sup>{Prepara en  
la cama y  
cuarto.</sup>

Lop. — Este no es mi cuarto!

D. Simplicio

Sim. — D. Lope!

(A un tiempo)

Buenas noches.

Lop. — Felicisimas.

— A qué ha venido V. ? como me ha despojado



8. de mi cama?

Lop. - Como! ¿Quien le ha autorizado a 8. para sacarme de la mia?

Sim. - Señor D. Lope, no empecemos 8. es muy testarudo y muy... Si estare durmiendo? ¿Que hace 8. ahi? - 8. ha tomado posesion de mi lecho y me ha trasladado a este camarachon.

Lop. - Le digo a 8. que no me he movido de donde estaba.

Sim. - Vero hombre de satanas, si yo... 8. quiere investigar hasta lo que sueño: ¿con que derecho ejerce 8. antes de mi casamiento esta previa censura marital?

Lop. - Yo no le entiendo a 8. 8. se ha introducido clandestinam<sup>e</sup> en mi cuarto con cama y todo.

Sim. - Hombre no sea 8. animal.

Lop. - Como!

Sim. - Me explicare: me explicare. Yo he sido encerrado bajo llave, por coniguiente mal puedo... En fin, si no descupa 8. pronto el puesto lo rebiento desde aqui.

Lop. - Poco a poco, poco a poco.



endo. — Ay! ay! ay!

Sim. — Que ha hecho V. El diablo me lleve si entien-  
do esta cama!

Lop. — Que es esto? D. Simplicio! Estas son chanzas de-  
manado pesadas, señor mio! Este no es mi pue-  
to, yo estaba abajo.

Sim. — Quien estaba abajo era yo! yo que me he  
acostado el primero sin que entones hu-  
biere ningun espantajo en mi lecho, y  
sin menos reparar en que esta era cama  
de dos pisos; y por coniguiente estoy en  
mi lugar; en mi derecho.

Lop. — V. estaba arriba.

Sim. — Estaba abajo.

Lop. — V. me ha llamado animal desde arriba.

Sim. — Desde luego le digo a V. lo mismo: esta  
es mi casa.

Lop. — No consentire.

Sim. — Se está V. quieto.

*Juega*  
(cambian las camas.)

Lop. — Ay, ay, ay!

Sim. — " " "

(Después del juego)

Sim. — Otra vez! no sea V. bauto!

— No andemos con barbaridades!



Sim. — ¡Allé!

Lop. — ¡Como!

Sim. — Eh?

(Arrombándose)

Lop. — ¿Qué?

(Yendo)

Los dos. — ¡Vay!

(Veniéndose)

Lop. — ¿Lo ve V. como estaba yo abajo?

Sim. — ¿Qué demonio! tan pronto estamos  
arriba como abajo, y siempre estamos  
mal [parece que jugamos a los  
partidos políticos. "Baja tu me su-  
bire yo."

Lop. — Ya: sólo que ellos siempre aspiran  
a subir y nosotros...

Sim. — Si en lo alto tuvieran el peligro de  
romperse la columna que hay aquí  
ya se mirarían en ello. En fin, yo  
no puedo tolerar semejante despojo  
y voy... Juega y desaparece un momento.

Juego de las camas: después de unirse ambas como en  
los juegos anteriores, queda sola la de D. Simplicio abajo  
y D. Lope desaparece.



dos. — Ay, ay, ay!

Sim. — Otra tenemos! Llego el relevo! Calle!

donde está? D. Lope? D. Lope? D. Lopito

1<sup>o</sup> 2<sup>o</sup> 3<sup>o</sup> Ha desaparecido. No hay mas se apuso.

Señor! ¿Si habrá yo roñado? De todos modos

no quieró cama que me proporcione

tan estranos viajes. Descuadernado estoy;

estoy molido... hacia esta parte debe ha-

ber un sillón... me acomodare en él...

agui está; me serviria de cama. Estoy

2<sup>o</sup> 3<sup>o</sup> muerto Dios de Navarra! Que es

esto? Ay! Que es esto? No hay

quien me favorezca!

3<sup>o</sup> 4<sup>o</sup> 5<sup>o</sup> D. Simplicio! D. Simplicio!

Sim. — Que me lleven. Papa negro! Lasa-

xillo! Que me lleven en volandas.

Ay! ay!

6<sup>o</sup> 7<sup>o</sup> 8<sup>o</sup> Sobrevito!

Miza arriba mi-  
za abajo y levanta  
la estcha p.<sup>a</sup> de  
descubierta la  
parte inferior  
de la cama. con  
los ojos al publico

Del reaparido de  
la silla sube un  
globo que trucha  
en el acto: la de-  
coracion se tran-  
sforma, sube D.  
Simplicio

Se aroman por las  
boardillas D. Lope  
y Canales.



## ACTO TERCERO.

El teatro representa un punto de vista de las cumbres de los Pirineos cubiertas de nieves.

### ESCENA PRIMERA.

DON LOPE, LAZARILLO, varios CRIADOS y PAISANOS, mirando todos al cielo como para descubrir el globo que se llevó á don Simplicio. Don Lope tiene un inmenso telescopio.

Lope. Nada divisais vosotros?

Pai. Toma! Y quién ha de ver primero, teniendo sus ojos de usted el auxilio de ese armatoste?

Lope. Pues señor, no parece el dichoso globo. Sin embargo, á ver... qué es eso? No... nada... Pobre Simplicio, qué viaje ese que está haciendo!

Cri. Ya se ve: pobre señor! Verse volar por esos aires ni mas ni menos que una milocha, como quien dice. Ay! Señor, señor, ahí arribota se descubre algo negro. Si será don Simplicio?

Lope. Dónde, dónde?

Pai. Sí, sí; hácia la izquierda. No hay duda, él es, él es.

Lope. Callen ustedes, animales: si es un cuervo.

Cri. Un cuervo? Animalillo!

Todos. Aquí está, aquí está.

Lope. Sí, sí; él es, él es. Pobrecito!

Don Simplicio, roto el globo que le sostenia, cae en medio de la nieve, dando gritos tremendos.

Pronto, corriendo, á socorrerle!

Todos. A socorrerle!

Sacan á don Simplicio de la nieve, y le traen hácia el proscenio.

Sim. Ay, ay, ay! Mis costillas! Mis riñones!

Lope. Amigo mio!

Todos. Pobre señor!



Lope. No se ha matado usted, no es verdad?

Sim. No señor; me parece que no.

Lope. Y se ha roto usted algo?

Sim. Y eso cómo lo he de saber antes de un debido registro de todas las partes de mi individuo?

*Va meneando alternativamente, con muchos quejidos, cada brazo, cada pierna, y luego la cabeza.*

No, no; nada está roto, escepto el espinazo, sin embargo, ay, ay!

Lope. Si á lo menos el globo de usted hubiera ido provisto de su correspondiente paracaida...

Sim. Paracaida! Para caida nada mejor que un globo roto, y si no dígalo mi batacazo. Con todo, bien mirado no tengo porque sentir lo que me ha sucedido, porque he hecho un viaje que me ha proporcionado el conocimiento de tantas cosas admirables.

Lope. Sí, hé?

Cri. Calla, qué ha visto usted?

Sim. Qué he visto? He visto...

Pai. Chiton... atencion.

*Todos se colocan al rededor de don Simplicio, á quien han sentado en una silla de campaña.*

Sim. Pues señor, he visto... pero hombre, si me faltan las fuerzas.

Lope. A ver, Lisardo, darle unas gotas de lo del frasquito. (*El criado da de beber en un frasco á don Simplicio.*)

Sim. Uf! Eso es otra cosa; ya empiezo á respirar. Con que, como decia, he visto...

Lope. A ver, á ver... (*Acercándose mas.*)

Sim. En qué quedamos, tengo la palabra, ó la toma usted?

Lope. Nada, hombre; no se enfade usted: aquella natural impaciencia...

Sim. Pues calle usted, si quiere que prosiga.

Lope. Vamos; callaré, callaré.

Sim. Dale... Silencio una vez! Pues señor, han de saber ustedes que he visto... pero luego podrán ustedes enterarse mejor por medio de un libro que me propongo publicar con la ayuda de Dios y del dómine, á no ser que algun impresor de Valencia lo dé á luz aun antes de acabarlo yo, y sin contar conmigo,



por supuesto, á usanza de esos señores. Con que á la relacion impresa me remito.

*Lope.* Hombre, despues de habernos hecho entrar en ganas, salir ahora con esa pata de gallo! Vamos, vamos; asi por encima, como quien dice, en forma de... Está usted? v. gr., como ciertas analisis que nos trae de cuando en cuando el *Correo*.

*Sim.* Pues quedarian ustedes enterados.

*Lope.* Pues bien, cuéntelo usted como quiera, siempre que satisfaga algún tanto aquella natural curiosidad que usted mismo suscitó.

*Sim.* No apurarse; vamos, lo contaré por encima. He visto, en primer lugar, he visto á mis pies la tierra que iba disminuyéndose, disminuyéndose hasta reducirse, al parecer, al grueso de una avellana. Luego he visto... he visto... que ya no veía nada. Y tan pronto tenia un frio que me helaba, como un calor que me abrasaba.

*Lope.* Vamos, como en Madrid.

*Sim.* Y asi de frio en calor, y de calor en frio, llegué subiendo, subiendo, subiendo, llegué... á la luna.

*Todos.* A la luna! Ha visto la luna!

*Sim.* Ya se ve que la he visto, y de muy cerca; como que he estado hablando mas de dos horas con una multitud de lunáticos que estaban alli reunidos en la plaza para ver si llegaba á apear-me.

*Lope.* Y lo consiguió usted?

*Sim.* Cá! Si estaba haciendo mas evoluciones con las patas y con los brazos... Imposible; el maldito globo se mantuvo siempre á mas de diez varas del suelo.

*Lope.* Qué sorprendidos se quedarian los lunáticos al verle á usted, no es verdad?

*Sim.* No lo quedé yo menos de cuanto me estuvieron contando de su tierra: figúrense ustedes que alli todo está al revés de acá: v. gr.: los amantes son constantes; los esposos son fieles; no engañan los mercaderes; no votan los soldados; los oficinistas hablan á todos con buen modo; los cómicos tienen una especie de solfeo donde estan escritas todas las inflexiones de su voz; los cantantes buscan las suyas en su propio entendimiento y en el estudio del corazon humano.

*Lope.* Hombre, al revés me las calcé!



*Sim.* La moda allí está sin imperio: ni aun á la medicina llega á sujetar. En el comer, en el vestir, y hasta en las diversiones públicas, prefieren los lunáticos las cosas nacionales á las extranjeras.

*Lope.* Qué dice usted! (*Con mucha admiracion.*)

*Sim.* Lo que usted oye. Allí la literatura está en honor. Todos los hombres de talento son ricos, y todos los ricos son hombres de talento. Los periodistas hablan con imparcialidad de las cosas que pueden juzgar, ó callan acerca de las que ignoran. La polémica es urbana. Todo al revés, amigo mio, todo al revés; en fin, allí no son necios los que escriben comedias de magia; qué mas quiere usted?

*Lope.* Sabe usted que una relacion de tantos prodigios no dejará de interesar? Lo malo es que no querrán creerlo á usted.

*Sim.* Les diré que lo vayan á averiguar.

*Pai.* Vaya un viaje! Y cómo salió usted de la luna y pudo volver por acá?

*Sim.* Con la facilidad del mundo, hombre. Una mudanza de aire... Pff... Dejé la luna sobre la izquierda, y en un credo me encontré jugando á la gallina ciega con un enjambre de planetas, de estrellas, de cometas... Ay, los cometas, qué colas, qué colas tenían los cometas! En fin, del paso que llevaba iba infaliblemente á almorzar al sol, á no ser por un pajarillo chiquirritin, como... como una casa, el cual, dando con el pico en mi gorro, le deshinchó, y me hizo bajar con una rapidez superior á la de la subida. Como que estaria aun bajando, á no haber encontrado de por medio esas benditas rocas que me detuvieron.

*Lope.* Y diga usted, no ha encontrado usted de camino á don Juan y á Leonor?

*Sim.* Cómo se habian de atrever á seguir la direccion que yo llevaba?

*Lope.* He mandado un sin número de gentes en persecucion suya, y pronto sin duda recibiremos noticias. Lo que interesa por ahora es cuidar de usted. Usted por supuesto necesitará descanso?

*Sim.* Digo! Despues de haber viajado tanto, y de tantos modos... ya... ya...

*Lope.* Vamos, amigos. El pobrecito apenas puede mo-



verse. A ver si le llevamos á casa en las mismas parihuelas que dispusisteis para traerme á estas cumbres escarpadas; en la inteligencia que yo pagaré muy bien vuestras fatigas.

*Paí.* Calle usted, señor amo, que no lo haremos por el mezquino interes. Nos gusta naturalmente hacer un favor, sobre todo cuando hay algo que ganar.

*Sim.* Escelente idea la del papá-suegro. A ver las parihuelas. (*Se sienta en ellas.*) Está uno aqui como un... Pero yo no he de sufrir que vaya usted á pie. (*A don Lope.*) Venga usted, que venga tambien mi inseparable Lazarillo.

*Lope.* No señor. Nosotros estamos sanos y robustos, gracias á Dios, y la bajada nos servirá de paseo: con que adelante.

*Sim.* Pues señor, adelante!

*Quando van los paisanos á levantar las parihuelas desaparece don Simplicio, hundiéndose en la tierra. Gritos generales.*

*Lope.* Qué es eso? Dónde está? Qué ha sido de él? Ay, pobre Leonor, bien lo veo, el infierno está conjurado contra la felicidad que te aseguraba tal marido! Qué hemos de hacer ahora? Pudimos trepar por estas cumbres para seguirle en lo posible mientras le veíamos volar por ahí arriba... Pero si se desvanece como un Silfio, sin dejar huella alguna, dónde le hemos de buscar? Cómo ha de ser! No nos queda más que irnos á casa á esperar con resignacion el desenlace de tanto embrollo.

*Todos se van, llevándose el frasco, la silla de campaña, las parihuelas, el telescopio &c.*

## ESCENA II.

*El teatro representa las fraguas de VULCANO: los CICLOPES estan ocupados en sus trabajos. Los preside VULCANO. Todo anuncia la region del fuego, del ruido, en una palabra, las entrañas del Etna.*

*Cíc.* Poderoso dios de los cíclopes, (*A Vulcano.*) aqnel afortunado mortal que resolvió favorecer tu sin par generosidad, y á quien tu mágico poder hizo bajar



desde las cumbres del Pirene hasta estas nuestras entrañas del Etna, está en la cueva inmediata. Qué hemos de hacer?

*Vul.* Que venga.

*Cic.* Aquí está. (*Llega con muestras del mayor susto don Simplicio, escoltado por media docena de ciclopes.*)

*Vul.* Seas bien venido, insigne don Simplicio Bobadilla de Majaderano y Cabeza de Buey.

*Sim.* (Calla, calla, cómo sabe todos mis nombres...!) Muchas gracias, señor maestro.

*Cic.* Cómo maestro? (*A don Simplicio, amenazándole con el martillo.*)

*Sim.* Poco á poco; no hay que enfadarse. Viendo yo todas las señas de unas fraguas, yo pensé que el que dirigia los trabajos...

*Vul.* Tonto...! No conoces, segun eso, la mitologia?

*Sim.* La mito... qué?

*Cic.* Logia, majadero. (*Amenazándole otra vez.*)

*Vul.* Tu ignorancia sola puede desconocer en mí á un hijo de Saturno, al dios del fuego, al númen de los herreros.

*Sim.* Si, como quien dijera, v. gr., el gefe de los chisperos, hé? Ya, ya. Y cuál es su gracia de usted?

*Vul.* Vulcano, tonto.

*Sim.* Ah! Vulcano tonto se llama usted? Pues señor, sea enhorabuena por el nombre y el empleo. Y ahora, me harán ustedes el favor de explicarme con qué objeto he venido rodando de abismo en abismo, aunque sin lastimarme, hasta estas hornillas?

*Vul.* Vas á saberlo. Yo he resuelto apadrinarte de hoy en adelante, y hacerte triunfar de las persecuciones que dirige contra tí tu rival, ó por mejor decir su picaruelo protector.

*Sim.* Y le conoce usted á ese protector? Quién es?

*Vul.* Cupido, alias el amor.

*Sim.* No tengo el honor de conocerle. Pero no por eso le debo á usted menos gracias por el favor que me dispensa.

*Vul.* Nada tienes que agradecerme, porque me inclino naturalmente á favorecer á todas las víctimas del pérfido Cupido, no tanto por interes hácia los perseguidos, como por odio al perseguidor.



*Sim.* Calle! Y qué os ha hecho ese señorito Cupido, que le teneis tantas ganas?

*Vul.* Eso fuera largo de contar. Además, son asuntos de familia. En breve estarás en estado de comprender mi resentimiento, pues si, como lo espero, consigo casarte...

*Sim.* Casarme! Y con quién?

*Vul.* Toma! con tu Leonor. Con que vamos por partes. Tú la quieres, pero ella no te quiere á tí, no es verdad?

*Sim.* Ni migaja.

*Vul.* Eso no tiene nada de particular.

*Sim.* Cómo!

*Vul.* Quiero decir que son cosas que suceden, y sino dígalos yo... Pero dejémonos de digresiones. Ella prefiera á cierto don Juan, no es verdad?

*Sim.* Sí señor; y, mire usted, está ese mequetrefe muy distante de valer tanto como yo... Capricho de mugeres.

*Vul.* Pues bien, es preciso desafiar á tu rival en batalla campal; le vences, y Leonor es tuya.

*Sim.* Con que, le venzo, hé? Ya.

*Vul.* Pero, como me parece que no eres de los mas valientes...

*Sim.* Diré á usted. Eso es conforme; hay dias en que el temple de uno...

*Vul.* Ya me hago cargo, (*Sonriéndose.*) y por lo mismo quiero regalarte armas que te harán invencible.

*Sim.* Eso es otra cosa, porque, ya ve usted, en sabiendo uno que es invencible ya puede ser muy valiente, porque al fin y al cabo ya está seguro de que no tiene nada que temer.

*Vul.* Polifemo! (*Llamando despues de haber dado unos martillazos en una bigornia.*) Trae en primer lugar el casco que en otros tiempos fue fabricado en estos talleres para el célebre Rey Midas.

*Sim.* Muchas gracias.

*Un ciclope entrega á don Simplicio un casco de plata que tiene en la cimera un rabo de asno, y en sus partes laterales dos descomunales orejas del mismo cuadrúpedo.*

Pues, mire usted, estoy persuadido que me sienta á las mil maravillas.

*Vul.* Ahora forjad un escudo y una lanza del mejor tem-



ple, (*A unos ciclopes.*) y hacedlos superiores, si es posible, á las armas célebres que recibieron de mí tantos héroes. Y vosotros (*A otros ciclopes.*) divertid á este interesante mortal con vuestros juegos y vuestras danzas.

*Sim.* Muchísimas gracias. Quién hubiera dicho que fueran tan finos unos hombres tan espantosos á primera vista?

*Vul.* Acércate, y siéntate. (*Con voz muy fuerte á don Simplicio.*)

*Sim.* No se incomode usted. (*Temblando.*) Estoy muy bien así.

*Vul.* Vamos, te sientas? (*Con voz mas fuerte.*) Por qué temblar? Bien pudiera serenarte la suavidad cen que te hablo.

*Sim.* (*Por vida del tío, con su suavidad tremenda.*)

*Se sienta al lado de Vulcano. Unos ciclopes, armados con martillos, ejecutan una danza de un carácter apropiado al sitio y á las personas. Otros trabajan con horroroso estrépito en forjar y pulir las armas pedidas por su señor. Dos ciclopes vienen á arrodillarse á los pies de Vulcano, y á entregarle una lanza y un escudo, que éste pasa á las manos de don Simplicio.*

*Vul.* Armado con esta lanza, y protegido por este escudo, difundirás el terror entre tus enemigos.

*Sim.* Ay, ay, que quema! (*Tomando la lanza.*) Vaya una chanza pesada! Miren ustedes qué gracia!

*Vul.* Hé! No repares en esas frioleras. Ahora voy á darte un escudero que te acompañará en adelante.

*Sim.* Muy bien, porque á mí me gusta la conversacion. Y luego... ya se ve... Con que, dónde está el compañero?

*Vul.* Aquí le tienes.

*Se presenta un enorme ciclope, armado con una desafortada cachiporra.*

*Sim.* Jesus mil veces! Yo no quiero ir con tal compañero; sería capaz de comerme en el camino.

*Vul.* No tengas cuidado; fíate de él, que siempre te protegerá.

*Sim.* Me lo promete usted, (*Temblando al ciclope.*) señor compañero? (*El ciclope hace seña que sí.*) Toma! Y es eso todo lo que habla? Si estaré destinado á te-



Juego de la Loncha marina Suben  
en ella los 9 Bayl. Múricos y 36

51

ner siempre escuderos mudos? Pues estoy fresco; no  
dejaré de divertirme la conversacion del compañero.

*Vul.* Él no va solo; tendrá á sus órdenes ocho valientes  
cíclopes que bastan para arrollar un ejército. Vamos,  
disponete á volver con ellos á tu tierra. En un minu-  
to te encontrarás trasladado por magia á la orilla del  
mar, donde paran en este momento los dos amantes.

*Sim.* Está usted en su juicio? A la orilla del mar, y  
ellos estan en las cercanías de Zaragoza?

*Vul.* Déjate de escrúpulos geográficos, que no vienen al  
caso; no sabes, tonto, que no hay magia sin su cor-  
respondiente marina?

*Sim.* Eso es, y despues la gloria, hé? Pues señor, va-  
mos allá, vamos allá.

*Ocho cíclopes llevan en andas á don Simplicio en pie  
sobre una bigornia.*

*Vul.* Tribútesele todos los honores que corresponden  
al protegido de vuestro amo.

*Marcha triunfal. Muda la decoracion.*

### ESCENA III.

El teatro representa una campiña con el mar en el horizonte.  
Hacia el proscenio existe un banquillo de piedra, donde á su  
tiempo han de venir á descansar los dos amantes.

DON JUAN Y DOÑA LEONOR.

*Juan.* Descansa un momento, Leonor mia. (*Se sientan  
en el banco.*) En breve, lo espero, volveremos á en-  
contrar el asilo que nos tenia ofrecido la amistad.

*Leo.* Qué triste estás, amigo mio! Te arrepientes, acaso,  
de haberme confiado el secreto de la proteccion á que  
hemos debido tantos prodigios?

*Juan.* Lo has exigido, Leonor, y has vencido. Pero mi  
generoso bienhechor, que me habia encargado tan  
encarecidamente el mayor sigilo, no tardó en mani-  
festarme su resentimiento: lo has visto, tan pronto  
como se me escapó el secreto encargado, desapareció,  
con mi preciosa patita, el carro mágico en que via-  
jábamos. Y ojalá que este primer efecto de su ven-  
ganza no sea precursor de mayores desgracias.



Leo. Calla! (*Riendo.*) tú tambien ahora vas á volverte caviloso? qué tonto eres! Miren ustedes el gran delito: haberme dado á conocer el protector á quien debemos la dicha de vernos reunidos lejos de nuestros perseguidores.

Juan. Ay, dueño mio, lo veo; aunque desesperara del favor de mi padriquito, los encantos de tu conversacion, las gracias de tu lindísimo genio, lograrían consolarme. Pero no, no desconfío aun de recobrar el singular talisman que ha de labrar mi felicidad.

Leo. Ah, ah, ah! (*Riendo.*) Sabes que es muy original nuestro protector? Haber colocado su poder y nuestra felicidad en una pata de cabra! Qué idea tan estravagante! En verdad, yo que soy tan loca no haria mas.

*Preludio de música que recuerda la marcha triunfal de don Simplicio.*

#### ESCENA IV.

*Dichos, DON SIMPLICIO y sus ocho CICLOPES.*

Juan. Qué ruido es ese? Gran Dios! qué he visto? Simplicio!

Leo. Y qué monstruo es ese que le acompaña?

Juan. Les ha de costar cara mi vida. (*Desenvaina la espada.*)

Sim. Aquí estan. (*Quiere adelantarse el gefe de los ciclopes, y le detiene don Simplicio.*) Poco á poco, no estamos aun con suficientes fuerzas. No hay que aventurarse con ese bicho; es el mismo demonio. (*Llegan los demas ciclopes.*) Ahora sí, al menos tenemos fuerzas iguales ambas partes beligerantes. Con que, amigos, á la refriega.

*Embisten los ciclopes á don Juan, que se defiende un momento, pero no tarda en sucumbir. Entrega su espada á don Simplicio uno de los ciclopes. Atan á los dos amantes á unos postes que salen de tierra, para cuya operacion el gefe de los ciclopes habrá dejado su cachiporra entre don Juan y doña Leonor.*

Bueno, bueno: esta espada podrá reemplazar la que me echó á perder ese cocodrilo con sus hechicerías infernales. Qué tal, señor don temerario (*A don Juan.*); qué tal, ingrata (*A Leonor.*) rebelde, cruel, &c., y



ahora os burlareis de mí? Es que yo tambien ahora tengo mi protector, y famoso que es, sino dígalo el señor, que es un mero pagedito suyo. (*Señalando al ciclope principal.*) Encárguese usted (*A dicho ciclope.*) con un par de esos muchachos de guardar á los dos prisioneros ínterin voy yo á casa de don Lope escoltado con los demas, por si acaso. Ay, cuánto va á admirarse don Lope asi que me vea al frente de semejante ejército, asi hecho un general, un sargento, un... qué sé yo? Con que, cuidado (*Al ciclope principal.*); no se fie usted de esa carnuchita engañosa con sus ojazos hipocritones... es capaz de pegársela al mismo señor Vulcano. Pronto vuelvo; con que hasta la vista, compañero; y vosotros (*A los seis ciclopes que han de ir con él.*) adelante; marchen! (*Vase con los ciclopes.*)

# ESCENA V.

DON JUAN y DOÑA LEONOR encadenados, CUPIDO oculto, tres CÍCLOPES, las tres GRACIAS.

*Juan.* Y bien, Leonor, ya ves los nuevos efectos de mi indiscrecion: quedamos á merced de nuestros enemigos.

*Leo.* Segun lo que voy viendo, amigo mio, pudiera tener mis dudas sobre si el amor ha sido, como me lo dijiste, el director de tus anteriores prodigios. Porque cómo hubiera castigado tan cruelmente una falta tan leve y tan natural? Y pudiera él, acaso, ofenderse de esta falta, cuando por él la cometiste, porque, en fin, si me hubieses amado menos, seguro está que hubieses cedido á mis ruegos?

*Juan.* Pues no lo dudas, él fue quien me protegió, él es quien ahora parece abandonarme. Pero á pesar de esta aparente contradiccion, no puedo dejar de confiar en las promesas que arrancaron de mis manos los instrumentos destructores con que traté, en mi delirio, de poner fin á mis males. Estas, no lo dudemos, se realizarán.

*Leo.* Sí, lo creo, me lo dice el corazon; se realizarán.

*Sale Cupido de la cachiporra que el ciclope dejó entre los dos amantes.*

*Cup.* Esto me basta.



Leo. Ah!

Juan. Qué veo!

Cup. Chiton... silencio. Para probarte hasta qué punto me gusta el misterio que te encargué, resolví castigarte un momento por haber faltado á él, aun por mí, aun sin consecuencia. Has rabiado un poquito? Estoy satisfecho. Has persistido en fiar de mis promesas? Vengo á recompensarte: pronto os restituiré la libertad.

Leo. Y esperas tú poder reducir á nuestros terribles guardas?

Cup. Yo no soy mas que un niño; pero puedo mucho, mucho, lindísima Leonor; vuestro enemigo cuenta con el imperio de la fuerza que llamó en su ayuda; enhorabuena. Mas yo tambien tengo mi ejército para las ocasiones: invocaré el auxilio de las gracias, mis fieles hermanas, y no será la primera vez, hija mia, que el amor y las gracias habrán triunfado de la fuerza. Nadie menos que usted, bella Leonor, debiera dudar de su poder.

Aprovecha Cupido el momento en que los ciclopes no le pueden ver para acercarse á la orilla del mar. Toca el agua con una de sus flechas, y salen de las ondas las tres gracias en una hermosa concha de nacar tirada por tres cisnes. Las gracias y Cupido vienen á desatar á los amantes; los descubren los ciclopes, y llegan furiosos con el martillo levantado. Las gracias los enlazan en guirnaldas de rosas: ellos, admirados, no se atreven á hacer uso de sus armas, como detenidos por una fuerza desconocida; se burla de ellos Cupido. Este juego se repite dos ó tres veces en el curso de un sexteto bailado por las tres gracias y los tres ciclopes. Estos, rendidos, en fin, ceden á una especie de sueño, y caen al suelo. Mientras duermen, Cupido, con dos golpecitos que da con una flecha en los postes que tienen los amantes encadenados, los hace desaparecer. Estos quedan libres.

Cup. No perdamos tiempo; seguidme. (Corren todos á refugiarse en la concha.)

Leo. Cómo! (No atreviéndose á embarcarse.) Todos en esta débil concha?

Juan. Qué temes? Llevas á César y su fortuna. (Señalando al amor.)



*Cup.* No te parece suficiente este esquiife? (*A Leonor.*)  
Nada mas facil que complacerte.

*Se transforma la concha en un magnifico navio del gusto griego antiguo, servido por una tripulacion de cupidillos.*

## ESCENA VI.

*Dichos, DON LOPE, DON SIMPLICIO, LAZARILLO y CÍCLOPES.*

*Sim.* Verán ustedes, (*Desde lo interior de los bastidores.*)  
verán ustedes qué bien amarrados los tenemos.

*Lope.* Dónde estan? (*Saliendo.*)

*Sim.* Quién los ha libertado? (*Saliendo y buscando.*)

*Lope.* Toma, toma! Ahí los tenemos embarcados.

*Sim.* Traicion! Traicion! (*Despierta á los ciclopés.*) Asi  
cumplis con vuestra obligacion? Alarma! Alarma!

*Todos corren hácia el navio, el cual se transforma  
asi que se acercan en un espantoso monstruo marino que  
vomita llamas sobre ellos. Muda la decoracion.*

## ESCENA VII.

El teatro representa una cueva. Hay un banquillo de peñasco  
hácia el proscenio de la izquierda. En el fondo existe un agujero  
que figura la embocadura de la cueva, y por donde sale á ga-  
tas don Simplicio.

## DON SIMPLICIO.

Loada sea mi santísima paciencia! Héme aqui embarca-  
do para otra expedicion. Si saldré de ella tan lucido  
como de las anteriores? Si acabarán una vez de jugar  
á la pelota conmigo? Pero de cuantas me han pegado  
de algun tiempo á esta parte, ninguna como la últi-  
ma. Las armas invencibles del señor don Vulcano,  
hé? El irresistible auxilio de su tuerto pagedito... Y  
todo eso al suelo por un mocoso que protege á mi  
rival, por el señorito Cupido, que todo lo vence, se-  
gun las espresiones de la Leonorzuela. Pues por mas  
que diga ésta, por mas chascos que me esté llevando  
á todas horas, yo no puedo creer á ese niño con tan-  
to imperio. Piensan lo propio aquel cantorcito italia-  
no y la tia Casturia, bruja setentona, con quienes



consultaba ahora poco mi apuro; y á su consejo me atengo. Ellos me han dicho que en esta cueva vivia un mágico que recibe del dios Pluto, del númen de las riquezas, las inspiraciones de su ciencia, y que nadie sería poderoso mas que él á asegurarme el triunfo: á ver, pues. Pero me dijeron que tan pronto como llegase á introducirme se me presentaria el mágico, y no parece. Me sentaré á esperarle. Muy mal hecho dejar asi solas las personas que vienen de visita. Esta muestra de impolítica del señor ministro de Pluto me da muy mala espina. Hé! Este será algun charlatan como el Vulcano; algun loco, algun...

*Un enorme brazo ase á don Simplicio por los cabellos, y le levanta á algunos pies del suelo sacudiéndole. Ay, ay! Señor mágico invisible, suelte usted por caridad; suelte usted, que tengo el cutis de la cabeza sumamente sensible. Perdon! Perdon! (Le suelta el brazo.)* Uf, qué susto! Tienen razon en decir que no hay que murmurar de los ausentes.

*Se levanta, y sale de tierra, entre sus pies, una llamada muy viva. Quiere retroceder, y encuentra otro tanto detras y á los lados.*

Miren ustedes qué tontería! Ir á encender lumbre ahí debajo! Me han quemado las cejas. Serán tal vez las cocinas del mágico. Caramba, qué calientes! Por lo visto, lo mas prudente es tomar las de villadiego y renunciar á Leonor, que no vale ella ni toda su casta los trabajos sin número á que me espongo.

*Se presenta á la embocadura por donde salió, y encuentra en ella un horrible Cancerbero.*

Ay! No salgo de esta! Señor mágico, don Lope, madre, señor mágico!

*Se tira al suelo boca abajo. Truenos horrorosos. Sale del agujero del apuntador un mágico que tiene alternativamente cuatro ó siete pies de estatura, segun se va bajando ó alzando don Simplicio para hablarle. Tiene los ojos vendados. Su riquísimo ropon de púrpura, cubierto de monedas de todas clases, deja ver de cuando en cuando al cuerpo que cubre imperfectamente, y este es un esqueleto asqueroso.*



DON SIMPLICIO y el MÁGICO.

*Mág.* Levántate, mortal pusilánime.

*Sim.* Si estoy exánime.

*Mág.* Levántate, repito, y serénate ya. Solo quise hacerte pagar con algunos instantes de susto el haber dudado de mi ciencia y de mi poder.

*Sim.* Pues si os propusisteis asustarme, (*Levantándose.*) quedad persuadido de que lo habeis logrado completamente. Ojalá pudieseis ahora hacerme tanto bien como me hicisteis mal. Pero por dónde habeis entrado?

*Mág.* Por ahí. (*Señalando el agujero del apuntador.*)

*Sim.* Por ese agujero! Cosa rara!

*Mág.* Ingrato! Mas de una vez tú y los tuyos encontrásteis ahí un bienhechor auxilio... Mas de una vez salieron prodigios de ese agujero.

*Sim.* Ya, pero las riquezas... eso es otra cosa.

*Mág.* Vamos al caso: qué exiges de mí?

*Sim.* Quiero... creo... espero... deseo... apetezco... ambiciono... qué sé yo? En una palabra, hacedme todo el bien que pudiéreis, en la inteligencia que nunca me quejaré de las sobras.

*Mág.* Conozco el motivo que te ha traído á este misterioso albergue.

*Sim.* Me alegro mucho, porque me ahorrais el trabajo de decíroslo.

*Mág.* Debo confesarte que en el caso en que te encuentras, mi poder es inferior al del númen que protege á tu dichoso rival. A la verdad, tu venganza está probablemente en el porvenir que espera á tus contrincantes; pero como mi ciencia no alcanza sino lo presente...

*Sim.* Entiendo; eso quiere decir que hay mágicos y mágicos, y que como los hay que preveen lo futuro, no preveis vos mas que lo presente; otros no preveen sino lo pasado, &c., &c.

*Mág.* No; lo que quiero decir es que mis favoritos nunca pueden confiar en el porvenir, y que mis mas opulentos dones no pueden comprar aquella felicidad que solo pueden asegurar el corazon de una esposa,



el cariño de los hijos, la paz de la conciencia, la influencia del mérito, la cultura de las letras y de las ciencias, y sobre todo la virtud, el honor.

*Sim.* Vamos, vamos, yo saco en limpio de todo eso que ni la autoridad de un tutor, ni el imperio de la fuerza, que ya usé, ni el prestigio de las riquezas que he venido á invocar, pueden con el amor.

*Mág.* Que puede con todo.

*Sim.* Pues señor, á lo que habré venido aquí es á bailar un rigodon en el aire, á chamuscarme los bigotes &c. Sea enhorabuena, y muchas gracias.

*Mág.* Lo único que puedo hacer en favor tuyo es informarte de que don Juan y doña Leonor estan á la hora esta en poder de don Lope.

*Sim.* Ah! (*Saltando de alegría.*) Pues esto me basta. Por qué no me lo dijisteis desde luego sin tanto preámbulo? Pero está usted seguro?

*Mág.* Va á confirmártelo inmediatamente la propia boca de don Lope.

*Sim.* Inmediatamente? Y cómo?

*Mág.* Van á encontrarse trasladados ahora mismo al lado tuyo. A Dios.

*Se hunde el mágico, y salen llamas del escotillon.*

*Sim.* Que se va usted á quemar, señor mágico. Cómo va rodando! Válgame Dios, qué profundas son las profundidades de la tierra!

*Truenos.* Llegan como atontados de una caída don Lope y Lazarillo.

## ESCENA IX.

DON SIMPLICIO, DON LOPE Y LAZARILLO.

*Lope.* Ay! ay! Qué es eso, dónde estamos? Ah, mi querido Simplicio, cuánto celebro encontrarle á usted! Su nueva ausencia me tenia ya con cuidado.

*Sim.* Y á mí tambien.

*Lope.* Estábamos temiendo que le hubiese sucedido á usted nuevo chasco.

*Sim.* Yo tambien. Afortunadamente no, ha sido nada. Alguna que otra travesurilla de un señor mágico cortilargucho.

*Lope.* Amigo, gran noticia!